

Pío Baroja



LOS
AMORES
TARDÍOS

Lectulandia

Continuación de *El Gran Torbellino del mundo*, integrante de la trilogía novelesca «Agonías de nuestro tiempo», en este libro se narra una etapa más de la vida de José Larrañaga y sus vicisitudes en torno a los sentimientos que el mismo tiene con respecto a su prima Pepita. La acción se desarrolla en Holanda, la mayor parte del tiempo, en la ciudad de Rotterdam. Una vez más, Baroja, a través de su exquisita pluma, no pierde oportunidad para poner en boca de sus personajes, su propios puntos de vista.

Lectulandia

Pío Baroja

Los amores tardíos

Agonías de nuestro tiempo - 3

ePub r1.0

Artifex 20.11.14

Pío Baroja, 1928

Ilustración de cubierta: Bill Philpot

Editor digital: Artifex

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

¡Qué se va a hacer! —dice Joe—; a mí el libro que me gusta es el que no tiene ni principio ni fin. Ni alfa ni omega. Me agrada la novela permeable y porosa, como la llama un amigo nuestro; la melodía larga que sigue y no concluye.

Se acostumbra uno a ese paso de andadura, quizá pesado y monótono, que permite soñar y hasta dormir, y se quiere seguir así, más de prisa o más despacio, mirando a un lado y a otro del camino, sin deseo fijo de llegar a ninguna parte.

¡Qué se va a hacer! A mí el libro que me gusta es el que no tiene ni principio ni fin.

Ni alfa ni omega.

Ni tesis, ni conclusiones, ni estéticas, ni moralejas, ni la gran moral, ni la pequeña moral; esa negación es nuestra pequeña afirmación. Se marcha, se divierte uno, se aburre uno y... adelante.

«Sí —dice el señor del público, el editor o el librero—, sí; pero hay exigencias literarias positivas, prácticas, encuadernatorias. Hay que cerrar un poco la barraca, hay que impermeabilizar un tanto el toldo, hay que hacer que la melodía tenga el ritmo marcado de una polca, mazurca o de un chotis de cocineras, para que después se note el ritmo lento.»

Sí, yo comprendo estas objeciones; me parecen justas, equitativas y razonables; pero...

¡Qué se va a hacer! A mí el libro que me gusta es el que no tiene ni principio ni fin.

PRIMERA PARTE

HOSTILIDAD CRECIENTE

LA CARTA BLANCA

En la calle ancha, con su canal de agua inmóvil y muerta, va replegándose el sol.

Una franja de luz amarillenta dora los tejados y las copas de los árboles verdes de una de las orillas.

Por el puente próximo, ancho y asfaltado, corren las bicicletas, llevando un mundo de empleados a sus casas de las afueras. Hombres derechos en su máquina, serios, un poco doctorales, pasan de prisa.

Arios braquicéfalos y dolicocefalos; algunos católicos; la mayoría, protestantes; pero todos ciclistas. ¡El ciclismo! Carácter típico de los arios, según las clasificaciones un poco cómicas de Otto Ammon y de Vacher de Lapouge. Quizá los semitas, que abundan en la ciudad, pedalean también, copiando a los arios con cínica desvergüenza; pero es un pedaleo falsificado, mixtificado, para el cual no tienen derechos adquiridos. El ario, la bicicleta; el semita, el camello.

Chicas rubias, guapas, con el pelo suelto, marchan en su aparato con brío y estiran, sonriendo, con la mano, la falda corta para que no se les vean los pantalones con puntillas.

Los anuncios luminosos en un tejado centellean en los torbellinos de las aguas negras del canal desierto.

En la calle próxima brillan los escaparates; por el canal estancado, bordeado por frondosos olmos, adonde no llega la luz de los faroles, una gabarra avanza oscura y gigantesca.

Silencio, tristeza. Cielo de ámbar.

Y el carillón de una torre hace: tin-tan, tin-tan, como un arpegio de guitarra perdido en el cielo ceniciento.

«Anochecer de Ámsterdam», *Las estampas iluminadas*

Larrañaga pasó varios días, en su casa de Rotterdam, preocupado, pensando que Pepita y su marido estaban ya en plena reconciliación. Una semana después de llegar de París, Pepita le telefoneó desde Ámsterdam.

«Estamos aquí en Ámsterdam, en el hotel Polonia del Rokin; ven a vernos.»

«La reconciliación quizá no era verdadera», se dijo Larrañaga, y se alegró.

Larrañaga conocía poco Ámsterdam. Rotterdam y Ámsterdam son pueblos que se miran con recelo. José, como vecino de Rotterdam, no tenía simpatía por Ámsterdam.

Larrañaga tomó el tren, bajó en la estación y fue andando hasta el hotel; preguntó por Pepita en la oficina y subió en el ascensor hasta su cuarto.

Pepita parecía cansada y de mal humor.

—¿Cómo estás? —le preguntó ella—. ¿Por qué te fuiste de París tan de prisa?

—Tenía que hacer aquí —contestó Larrañaga mintiendo— ¿Y por qué habéis venido a este hotel tan céntrico?

—Avisamos a otro, pero no nos guardaron cuarto, y tuvimos que venir a este.

—¿Estáis mal aquí?

—No. Pero ¡no es un hotel agradable! ¡Este cuarto tiene unas vistas tan antipáticas! Da a la parte de atrás, a terrazas y a patios.

Pepita abrió la ventana. Se veían galerías, ventanas de cocinas y talleres, y unos

tejadados planos, grises, llenos de piedras de río.

Enfrente se destacaba el cimborrio del Palacio Real, y debajo de su pequeña cúpula las campanas del carillón. Sobre el tejado se erguían tres estatuas de bronce, y, coronando el campanario, la veleta con un galeón antiguo con sus velas.

—Ya te cambiarán de cuarto —dijo Larrañaga.

—No pienso estar mucho tiempo en Ámsterdam.

—¿No te gusta esto?

—Muy poco; desde que estoy aquí duermo muy mal. En este pueblo hace un calor horrible.

—Sí, es una cosa insólita. Ahora hará calor en toda Europa. Esto es pasajero y durará poco.

—Luego, ese carillón del palacio no hace más que estar sonando. Es una lata —murmuró Pepita.

—¿Qué tiene Pepita? —preguntó Larrañaga a Soledad, cuando entró en el cuarto de esta.

—No sé qué tiene; pero se encuentra triste y de muy mal humor. Vuelve a pasar los días llorando, pensando en la niña que se le murió. Luego, su marido no ha hecho nada de lo que le ha prometido. Al parecer, había dicho a Pepita que ya estaban rotas sus relaciones de amistad con la holandesa, y resulta que ese matrimonio holandés está aquí.

—¿Han venido?

—Sí, llevan en el pueblo más de una semana.

Fernando intentó, sin duda, ocultarlo; pero como esto no fue posible, los holandeses volvieron a verse y a hablar con Pepita.

Larrañaga los conoció. Aquellos holandeses vivían en Buenos Aires y sabían castellano.

El señor Van Leer era alto, de color ictérico, cara angulosa, bigote negro y aspecto insignificante, con expresión tímida y apocada.

Procedían de un pueblo próximo a Ámsterdam, y manifestaban, como casi todos los amsterdaneses, mucha antipatía por Rotterdam.

—Rotterdam es muy sucio —le dijeron a Larrañaga.

—Yo no lo encuentro más sucio que cualquier otro pueblo.

La holandesa argentina era una mujer rubia y gruesa, con los ojos azules, tipo de Rubens o de Rembrandt; la nariz, un tanto corva; la cara, expresiva; era muy coqueta y vestía bien.

La holandesa tenía un aire erótico y lascivo. Estaba en ese otoño de la vida en que se ve que se pierde el terreno; sin hijos, y con el marido enfermo, daba la impresión de que quería aprovechar los años en que aún podía ilusionar y encender los deseos de los hombres.

A pesar de su buen aspecto, no se le podía comparar en gallardía, ni en elegancia, con Pepita.

Los holandeses hacían un viaje cada cuatro o cinco años a Europa. Les daba mucha pena ver Alemania en el estado en que se encontraba después de la guerra.

El matrimonio holandés-argentino se mostraba como si entre ellos y Fernando y Pepita existiera excelente armonía. Aseguraban que ellos eran los que aconsejaron a Fernando que fuera a Ámsterdam.

Después de la conversación con los holandeses, Pepita preguntó a Larrañaga:

—¿Qué te han parecido?

—Ella es una mujer de cuidado.

—¿Y él?

—Él es un infeliz.

—Completamente.

—Es un señor pesado. Es un tipo contemporizador. Cuando se dice delante de él: «Me gustaría que hiciera buen tiempo», él asegura: «A mí también». Pero si otro a los pocos momentos afirma: «Vendría muy bien la lluvia», él dice convencido «Sí, es verdad; una lluvia ahora vendría muy bien». Desde niño ha debido de ser igualmente fino. Probablemente cuando le amamantaban, sacaba su gorrito y pedía permiso a su nodriza para tomar un sorbo.

—Los aduladores son muy aburridos.

—Este señor considera que la cortesía debe ser adulación.

—Para mi gusto es muy cargante.

Los Van Leer intentaban convencer a Fernando y a Pepita de que se quedaran en Ámsterdam.

—¿Es que no tienen vergüenza? —decía Pepita—, ¿o es que esa mujer es tan estúpida que no comprende que yo estoy enterada de todo? Esa gente no tiene idea de la dignidad.

—¿Por qué?

—Hay que ver, unas personas ricas como ellos y un marido que, en vista del papel feo que hace, considera que el galanteador de su mujer es el que tiene que hacer los gastos de las cosas superfluas.

—Es la consecuencia de la carta blanca.

—Es una fea consecuencia.

—Es que el dinero es el gran disolvente de todas las virtudes. Se empieza vendiendo chocolate o zapatillas, se sigue vendiendo acciones de sociedades y se acaba vendiéndolo todo, aunque sea la mujer y los hijos. Cierta clase de dignidad necesita un clima espiritual especial, una temperatura fija; pasada esta o no llegando a ella, esa dignidad se pierde. El dinero es el gran putrefactor social, el gran disolvente.

—Tú sí que eres disolvente, como dice mi padre.

—Y él es absorbente, que para mí es peor. La dignidad es como la moral y como la cocina —siguió diciendo Larrañaga—. Por eso cada país tiene la suya. Hay en una comedia de Labiche, autor francés de muchísimo ingenio, aunque algunos le consideran desdeñosamente como sainetero vulgar, una marsellesa que va a París a casa de un comerciante amigo suyo y corresponsal. El señor de París dice, como si se tratara de un dogma: «El aceite, sólo en la ensalada». Sí, el aceite sólo en la ensalada en París, pero no en Marsella, ni en Nápoles, ni en Barcelona, ni en Málaga. En el sur, el aceite con el pescado, con las rosquillas y con la carne. El holandés, el alemán, siente el olor del aceite, que le molesta, en Valencia o en Sevilla; tú sientes el olor desagradable a manteca rancia aquí, en Ámsterdam. Con el tiempo, ellos y tú os acostumbraríais.

—No, creo que no.

—¡Bah! Ya lo creo. A mí también me parecía una prueba de barbarie el comer mucha grasa; luego la he comido. Es el clima.

—Yo estoy por encima del clima —dijo Pepita con arrogancia.

Larrañaga se rio.

—Es una ilusión. Nos ha pasado en un barco de nuestra casa algo muy significativo. Se alistaron diez o doce marineros alemanes, acostumbrados a comer durante la guerra un sebo infame. Se les dio aceite en la comida, y, al parecer, aceite bastante bueno, y a la semana siguiente protestaron, diciendo que se ponían enfermos. Preferían el sebo. Lo mismo pasa en la moral.

—No me convencerás de ciertas cosas.

—Pues son así; cada pueblo ha creado, con sus instintos, sus gustos especiales. Sócrates y Kant, si se ponen a hablar en el Olimpo de la cosa en sí, es muy probable que se entiendan; pero si se ponen a hablar de cocina y de sus gustos, no se entenderán.

—¿Por qué no ha de haber un gusto general?

—Porque no lo hay.

—La comida francesa, por ejemplo, es el modelo.

—Sí, eso creen ellos, los franceses y las gentes que les siguen y olvidan sus inclinaciones naturales. El francés ha sido siempre bastante petulante y dogmático para pensar que está en el fiel de la balanza, en la cocina y en todo. De aquí que haya sido en general tan mal viajero. El que tiene la idea de su arbitrariedad, se explica la arbitrariedad de los demás, pero el que supone que no hay más norma de vida que la suya, no se explica nada. Ellos, los franceses, suponen que poseen las ideas generales, lo universal, la medida, la norma.

—Si no la tienen es indudable que son los que más se acercan a tenerla.

—Yo no lo creo. No creo que haya norma ideal en nada. Esto de las ideas generales es un espejismo de los países planos; en estos países planos, las inteligencias son en extensión más que en intensidad. No se puede creer que en costumbre en gustos, en opiniones, haya unos que tengan razón y los otros no.

—Pero si todos tienen razón, es lo mismo que si no la tuviera ninguno.

—Y es verdad; ¿dónde está la razón única? En la historia se va cambiando paulatinamente; hay épocas en que se cree que los de la derecha son los que tienen la razón, y épocas en la que se cree lo contrario; pero, probablemente, en una época y en otra, ni se acierta del todo, ni se equivoca del todo. En esta última época nos hemos engañado, en nuestro entusiasmo, por la gente del norte. Creíamos que tenían las condiciones que faltan a los meridionales. Naturalmente, no había tal. En tiempos antiguos se suponía que toda la inteligencia estaba en el sur, el mismo Voltaire, que en su tiempo decía que la luz venía del norte, creía más en la inteligencia de los meridionales que en la de las gentes del septentrión. Luego hemos pensado lo contrario, probablemente, con las mismas razones. Lo único bueno que tienen estos cambios es que así nos vamos enterando mejor de los pueblos. Es decir, que si no encontramos la verdad, por lo menos vemos que es conveniente cambiar.

—¿Y ahora?

—Ahora no creemos en nada, pero inventaremos alguna utopía razonable o estúpida para dentro de poco. Somos grandes constructores de ilusiones, hasta que hacemos lo posible para destruirlas. Ya oirías contar a nuestro amigo Stolz su gran decepción con los suecos. Fue a Suecia lleno de fervor ario escandinavo, consiguió una audiencia para ver al rey, se lo encontró en un salón de su palacio bordando en un bastidor. Al parecer, muchos de sus súbditos se dedican a este trabajo que a nosotros se nos figura de mujeres. Entre los escandinavos hay afeminados como puede haber en los países del sur, y entre la gente del sur hay gente de inteligencia tan pesada y tan torpe como en el norte.

—Chico, las ideas tuyas me dan el vértigo —dijo Pepita—; tú debes de estar enfermo.

—Es muy posible; pero, ¡qué le vamos a hacer!, ya no hay cura. Es posible que tenga manía razonadora o manía destructora, pero, en fin, ya sabes que en último término estoy dispuesto a callarme.

—No, no; habla.

—Estos pueblos de la Europa germánica son inteligentes, pero muy mezquinos. En cambio, los españoles no somos tan mezquinos, ni tan trabajadores, ni tan inteligentes.

—Yo no veo que los españoles sean tontos.

—No; individualmente, no; pero es gente de vista corta. La guerra pasada a mí me ha dado muy mala impresión de España.

—¿Por qué?

—Porque no ha sabido aprovecharse de las circunstancias para dar un salto hacia arriba.

—Está bien el no aprovecharse de la desgracia ajena.

—Sí, pero no ha sido por esa razón sentimental por la que los españoles no se han aprovechado de la guerra, sino porque no han sabido hacerlo. Cuando venían a

Rotterdam los barcos de Bilbao, yo preguntaba a los marinos: «¿Qué hacen en Bilbao? ¿Construyen fábricas?». «Allí —me decían— todo el mundo compra automóviles, pianolas y collares de perlas, juega y va a los toros.» En Barcelona hacían lo mismo.

—Me parece cosa muy lógica el disfrutar cuando se puede.

—Sí, pero es más lógico asegurar este disfrute para mucho tiempo. Los españoles, en esta época de la guerra, han querido ser listos y se metieron de cabeza en esa cuestión de los marcos, que era una gran estafa de Alemania.

—¿Quién lo había de pensar?

—Somos gente torpe, de cabeza dura para las complicaciones de la mecánica y de la economía moderna.

—¡Y qué se le va a hacer! Ya viviremos a pesar de eso.

—Viviremos si nos dejan vivir; que es posible que no nos dejen. Para la mayoría de los españoles, Fernando Séptimo y Calomarde, cerrando universidades y abriendo la escuela de tauromaquia, debieron de ser los que mejor entendieron el país, pero hoy, en el mundo, no se deja vivir a cada pueblo como le dé la gana, con su escuela de tauromaquia o de coreografía. Hay que tocar acorde con la orquesta mundial, o, si te parece mejor, con la murga de los países civilizados. Al país que quiere tocar su solo de clarinete o de guitarra en su rincón, los demás lo atropellan brutalmente.

Entre Pepita y Larrañaga, las conversaciones seguían siendo de este género, puramente intelectuales y conceptuosas; en cambio, sus miradas no expresaban nada general ni intelectual. Había en ellos, como dos esgrimas, la de las palabras, puramente ideológica, y la de las miradas, que se refería profundamente a sus sentimientos.

LA GENTE QUE PASA

¿Qué se encuentra por todos lados? —decía Joe— Gente que pisa fuerte, gente con una vanidad ridícula y que mira con desdén; pero el hombre, el hombre humano, ni orgulloso, ni vil, ni rampante, ¡qué poco abunda!

¡Caminante solitario de gran ciudad, que paseas por en medio de la multitud como en un bosque, ¿en dónde está uno más solo que entre la multitud de las grandes ciudades?, cuán pocos son los hombres con caras humanas! En qué pocos ojos brilla la sinceridad, la lealtad y la benevolencia. Aires solemnes, graves, autoritarios, tipos pedantescas, profesoraes. La presunción, el interés y el orgullo por toda, partes y la pantontería humana.

«Las multitudes», *Evocaciones*

Al parecer, Fernando volvía a las andadas. Sin duda, no le basaba ir de cuando en cuando al hotel, donde estaban los Van Leer; quería pasarse allá el día entero en compañía de la holandesa.

La cólera de Pepita se iba enfriando y cuajando y haciéndose más dura y más fuerte. Pensaba marcharse, uno de aquellos días, de Ámsterdam. No se encontraba a gusto.

Pepita se manifestaba nerviosa e inquieta y se la veía pronta a saltar. Aquella relación tan larga de su marido con la holandesa le iba poniendo exaltada y frenética, con una cólera que iba derivando a tomar resoluciones firmes.

Pepita tendía a encontrar mal cuanto veía; se hallaba disgustada, todo le parecía pequeño, mezquino y feo.

—Aquí hace, además, un calor atroz.

—Es indudable, pero no es lo frecuente —replicaba José—. Seguramente hará calor en toda Europa.

Como en Suiza, Larrañaga era el cicerone de las dos hermanas.

Al día siguiente de llegar Larrañaga, fueron a comer, por la tarde, él y sus primas, a un pequeño restaurante del Rokin, muy arregladito y coquetón. Estaba desierto.

Les sirvió un joven alemán.

«Este es algún escapado de la guerra —dijo Larrañaga—. En Rotterdam teníamos un tipo parecido, un antiguo estudiante de filosofía que se hizo mozo de un bar y acabó siendo el propietario.»

Después de comer salieron del restaurante. La orilla del canal estaba muy triste al anochecer. Siguieron por el Rokin hasta la plaza Sofía, donde se destaca la torre de la Moneda, y fueron luego al borde del Amstel.

El agua gris aparecía inmóvil en el canal, y las luces de los anuncios eléctricos se reflejaban en su superficie negra. Alguna que otra gabarra lenta iba avanzando como

un monstruo marino. Las mujeres de vida airada hacían la guardia en las esquinas y a la entrada de los puentes.

—Estas ciudades necesitan poca luz —dijo Larrañaga—. Son algo como el arte gótico.

Luego cruzaron un puente del canal del Amstel y volvieron por la otra orilla contemplando las aguas del río.

Se acercaron al malecón a mirar el cauce. Larrañaga apoyó los codos en el pretil.

—Estas negruras del agua estancada me dan el vértigo —murmuró—. Si las miro mucho, sueño con ellas.

—Entonces no las mires —replicó Pepita.

—¿Qué importa tener el vértigo o no?

—Sí importa.

Y Pepita tapó los ojos de su primo con la mano. Larrañaga quitó la mano de sus ojos, la cogió, y viendo que Soledad había alejado un poco, la besó. Pepita se rio.

—Chico, ¡qué honestidad! —exclamó—. Creo que no me has besado más que en las uñas.

—Qué quieres. No soy un madrugador.

—Pues mira, creo que a las mujeres no nos gustan los que levantan demasiado tarde.

—Ya lo sé. Pero ¡qué se le va a hacer!, uno es un caballero.

Siguieron adelante por la orilla del canal hasta internarse entre calles.

—Este debe de ser el barrio judío —indicó Larrañaga.

Ya era de noche cuando se encontraron en Waterloo Plein. La luz de los reverberos iluminaba tipos de mujeres y hombres de ojos negros y perfil aguileño. Se notaba una mezcla de sordidez holandesa y de sordidez judía.

—¿Hay muchos judíos en Ámsterdam? —preguntó Pepita.

—Hay, según dicen, cerca de sesenta mil. Si queréis, podemos entrar en un barrio de burdeles que hay por aquí, pero es un poco siniestro y triste.

Larrañaga contó cómo había estado una noche en una de las tabernas de aquellas calles. Era cuando fue a buscar al padre de Nelly.

Estos canales del barrio, con las orillas desiertas, con la luz triste del crepúsculo y de los faroles a grandes trechos, ofrecían un aire muy dramático.

—Tiene mal aspecto esto —dijo Pepita.

—Sí, no vayamos por ahí —añadió Soledad.

Volvieron a Waterloo Plein y por la orilla del canal salieron de nuevo al Rokin.

III

EN EL CAMPO DE HARLEM

Este crepúsculo de otoño, en el campo holandés, da impresión de paz, de serenidad y de riqueza. El cielo tiene resplandores rosados, la tierra húmeda, surcada por acequias, un verde esmeralda; los boscajes, en medio de la llanura, son frondosos y oscuros; de los altos álamos en hilera cae la hoja rojiza y abarquillada, en el agua quieta y verdosa del canal, y queda como incrustada sobre un vidrio; los tilos se desnudan de su follaje y quedan en sus varas rectas hojas amarillas, que tiemblan con el viento.

El sol es brillante y la sombra fría.

Luego comienzan a iluminarse los cristales de la granja pequeña, brilla la llama de una fragua, el molino de viento se para, la chimenea de la fábrica espira bocanadas de humo negro, pasa un carro pesado con un caballo percherón, a lo lejos comienzan a brillar las filas de luces de la ciudad... y se siente la proximidad de la noche con un escalofrío en la espalda.

«*Crepúsculo holandés*», Las estampas iluminadas

Fueron Pepita y Larrañaga a ver una exposición de flores de Harlem. Tomaron un tranvía.

La tarde cambiaba de luz a cada momento: el cielo se mostraba azul, gris, de ceniza o de ámbar.

Cruzaron llanuras verdes y más llanuras, con molinos de viento, acequias, estacadas, campos amarillos de colza, y estanques, que tenían el mismo color que el horizonte.

—Estos cielos pesados, cargados de nubes rojizas, antes o después de la lluvia, es toda Holanda —dijo Larrañaga.

—Me gusta más el cielo azul —contestó Pepita.

—A mí, no —replicó Larrañaga—. Estas nubes bajas, estos efectos atmosféricos, dan una variedad al campo que no tiene a plena luz. De esta atmósfera húmeda y cargada de vapores viene toda la pintura de paisaje holandés. Es cosa rara, curiosa, que en este país haya habido tanto pintor y tan pocos poetas.

—¿Ha habido muchos pintores?

—A cientos. Entre los pintores, quitando a Rembrandt, ninguno ha tenido el amor por lo extraordinario como un Greco, un Tintoretto o un Goya; es el paisaje dulce, el clima suave. Al pintor de aquí le queda este sensualismo manso que tiene sus puntos místicos. Es el agua, la humedad, la bruma. Es curioso observar cómo Holanda, donde el campo es, a primera ven tan insignificante y tan mediocre, ha producido magníficos pintores, y, en cambio, la naturaleza grande, heroica, de los Alpes, no ha producido ni uno solo. Porque Holbein es suizo, pero no es alpino.

Se detuvo el tranvía.

En los campos se veían vacas blancas y negras; llanuras verdes, como lagos, con islas de flores blancas y rojas.

Todos los matices de los colores tenues aparecían en el suelo y en el aire; el blanco, el verde, el gris, el violeta, en la atmósfera húmeda. Una gabarra pasaba por un canal. En algunos campos, las plantaciones de lúpulo trepaban por unas perchas. Había boscajes espléndidos.

—¡Qué hermosos árboles! —dijo Pepita.

—Sí, son enormes; tienen las raíces en los pantanos y las hojas en el ambiente húmedo y fresco.

En algunas partes, la capa exterior de la tierra estaba cortada en pedazos cuadrados, negros, para secarla al aire y convertirla en turba.

—Como en los cuadros de los paisajistas de aquí, la naturaleza no quiere ser extraordinaria —dijo José—; se contenta con ser amable.

—¿A ti te parece?

—Sí. Cada paisaje es una serie de motivos para el espíritu. Es como una sinfonía escrita; para el que la entiende poética, llena de interés; para el que no la entiende, nada.

Llegaron a Harlem, pasaron por la avenida de los Españoles y fueron a ver la exposición de flores instalada en un palacio de cristal.

Harlem, pueblo de jardines, está rodeado de campos, en los cuales, en vez del trigo o la cebada, se cultivan los jacintos, tulipanes, hortensias, narcisos y ranúnculos.

Los tulipanes de Harlem aparecen por todas partes en la ciudad, en los balcones de las casas, en las tiendas, en los cafés, en las tabernas y hasta en las ventanillas de los tranvías.

Harlem tiene un parque admirable, que se llama el Bosque. En el Bosque de Harlem las hayas y los tilos gigantescos ofrecen inmensos follajes, con los troncos abrazados por las enredaderas...

Recorrieron toda la exposición. Los ejemplares eran, indudablemente, magníficos, de tamaño y de color.

—Aquí todo está industrializado —dijo Larrañaga.

—Pero estas flores no huelen —advirtió Pepita—; yo, al menos, no las encuentro perfume ninguno.

—Es verdad. No tienen el olor fuerte de las flores de España.

Como no había gente en la exposición, y hacía frío, decidieron marcharse en seguida.

Pasaron por el bosque de Harlem. Al salir al campo vieron las alfombras rojas de tulipanes y los cuadrados de jacintos y de narcisos.

—¿Quieres andar? —preguntó Larrañaga a Pepita.

—Sí, vamos.

Marcharon largo tiempo a pie.

—Cuando vengo a este pueblo siempre recuerdo que se dice que en Harlem vivió, durante mucho tiempo, una sirena —dijo Larrañaga.

—¡Qué tontería!

—En el diccionario universal de Trevoux se lee que en el oeste de Frisia, en el Zuiderzee, se encontró una mujer marina después de una gran tempestad. Unas menestrales de la ciudad de Edam la hablaron, la llevaron al puerto y la enseñaron a hilar. Después, esta dama marina fue trasladada a Harlem, donde vivió algunos años como las demás mujeres, comiendo lo mismo, vistiendo lo mismo y discurriendo lo mismo, es decir, discurriendo poco o mal. Parece que esta sirena no perdió nunca su inclinación a acercarse al agua.

—Todo eso es una fantasía.

—No. Esto lo cuenta un obispo en sus *Coloquios*, en un capítulo titulado «Mulieris forma piscis captus est in holandria». ¿Qué más comprobante que un obispo? El obispo dice que el caso ocurrió en mil cuatrocientos tres. Esta dama marina que se alimentaba como las personas, de pan y leche, no llegó a aprender a hablar.

—Una mujer perfecta para la mayoría de los hombres dijo Pepita con ironía.

—Para mí, no —replicó José.

—¿Es verdad que tú crees que vale la pena de oír a las mujeres?

—¡Qué duda cabe! Aunque digan tonterías, vale la pena oírlas.

—¿Y si no las dicen?

—Si no las dicen, pues mucho más.

—¿Y sería de verdad un animal marino con facha de mujer esa sirena?

—¡Ca! Probablemente, una invención de la fantasía popular.

El tiempo estaba espléndido, la tarde de otoño, suave y tibia, las nubes se amontonaban en el ocaso; el cielo iba quedando azul; el sol se ponía entre nubes moradas y rojas; brillaba en los campos de lúpulo y sobre las praderas esmaltadas por las flores de la colza, y producía sombras alargadas en el suelo; los árboles mostraban algunas hojas amarillas entre el follaje verde; los pájaros corrían en bandadas por las espesuras. Había un olor agradable a humedad y a hierba.

Por el mismo camino iba un labriego cantando.

—¡Oh! —exclamó Larrañaga.

—¿Qué te pasa?

—Esta canción que se oye al anochecer en el camino es la que me impresiona, no distingo si es buena o mala, inspirada o vulgar. A esta hora y en el campo una canción así me produce siempre nostalgia y tristeza.

—No me había fijado —contestó Pepita.

—Bueno —dijo Larrañaga—, no te vayas a cansar. Tomaremos el tranvía.

En el tranvía, como el interior estaba lleno, Pepita y Larrañaga quedaron en la plataforma. Con los movimientos, a veces ella tenía que apoyarse en él y se reía.

Al acercarse a Ámsterdam, contemplaron los edificios próximos de los alrededores, barriadas de obreros, con casas horribles, cuadradas, de ladrillo, como cajas de puros. El sol brillaba en las torres, en los tejadillos y en las veletas con pálido resplandor.

Al volver al hotel, la calle estaba desierta; el canal, solitario, y las luces, en fila, se extendían a lo largo del muelle.

En el extranjero me han querido demostrar que ser español es ser brutal, injusto, arbitrario, rapaz, materialista, cruel con los débiles y con los animales. En España me han dicho lo contrario; que ser español es ser magnánimo, justo, generoso, idealista y valiente.

¿Basta para vivir con ver a su país y a sí mismo como un término medio humano sobre el cual pueda imaginarse un porvenir decoroso? ¿O es necesario tener una ilusión más fuerte y una idea más exaltada? No lo sé.

«Los españoles», Fantasías de la época

No llegó a producir Ámsterdam ningún entusiasmo en Pepita. Por las mañanas, algunas veces, iban Soledad y ella a una calle al borde de un canal, donde había un mercado de flores. Los vendedores tenían los puestos en gabarras y sacaban sus macetas a la orilla, todas con los nombres científicos de las plantas.

—No huelen estas flores —solía decir siempre Pepita, y añadía—: Es ridículo tanto nombre en latín.

Pasaban bicicletas y automóviles constantemente.

—No hay manera de estar tranquila —decía Pepita a su hermana.

De noche, cruzando una parte del puerto en un pontón flotante, iban a sentarse a un jardín de verano, con mesas de café, a orilla del agua, pero allá hacía frío casi siempre.

—Aquí hablan muy mal de los españoles —dijo una vez Pepita a José—. Es una cosa que fastidia, y mi marido es tan estúpido que hace coro a los que nos denigran.

—Sí, es desagradable y antipático —repuso Larrañaga—; porque, además, se cuentan de nosotros una porción de mentiras. Es cosa extraña; a mí, en Rotterdam, nunca me han hablado de historia, ni del duque de Alba. Allá, todos estos motivos de odio han desaparecido por completo; nadie los recuerda, a nadie le importan nada.

—¿Hicieron muchas barbaridades los españoles?

—Claro que las hicieron; pero también hicieron cosas admirables de energía y de valor. Se habla de un Alonso de Vargas, jefe de caballería, brazo del duque de Alba, como el tipo del español cruel, ignorante y sanguinario. Vargas era hombre serio grave, fanático. Los holandeses suponen que hablaba latín, no sé por qué. Dicen que formaba parte del Tribunal de los Doce, que cuando le presentaban algún burgués de Amberes sospechoso de ser revolucionario, interrumpiendo el rosario y con voz soñolienta, decía: «Ad patibulum, ad patibulum». Yo se lo he oído contar esto a un profesor holandés. Pues bien; la anécdota es falsa: no se refiere a Vargas, sino a un consejero, Hesselts, que era belga. Así lo dice Schiller en la *Historia de La sublevación de los Países Bajos*, copiando de un libro de anécdotas holandesas.

—Es decir, que ni siquiera se enteran para denigrarnos.

—Es verdad. Y hubo cosas admirables hechas por los españoles en aquella guerra contra los flamencos. Uno de los mejores, tipos fue nuestro paisano, el coronel don Cristóbal de Mondragón y Otálora. Mondragón era de familia vasca, aunque nacido en Miranda de Ebro. Mondragón era un viejo militar, activo y valiente. Era el militar profesional, fuerte, duro, bravo. Murió en el castillo de Amberes, a los ochenta y nueve años. Él fue el que atravesó por primera vez, con sus soldados, los países inundados por los flamencos, con el agua helada hasta el cuello, durante varias horas, y después se apoderó de Goes y de la isla en que esta ciudad se encuentra. Esta hazaña la volvieron a repetir las tropas españolas al mando de Mondragón y de Ossorio de Ulloa, cuando tomaron las islas de Schouven y de Duiveland. Entonces fueron ya desnudos, con una pica al hombro, en cuya punta colgaba una bolsa con pólvora y otra con pan y queso, y en la mano izquierda llevaban las armas y las herramientas. Los españoles cruzaron el pantano con el agua hasta el cuello, en medio de una terrible tempestad. Los flamencos les llamaron desde entonces los monstruos marinos.

—Pero si al lado de estas hazañas hacían crueldades, se comprende que los odiaran.

—Claro que hicieron crueldades grandes; pero no las hicieron menos los holandeses, los alemanes y los franceses, que luchaban unos a favor y otros en contra. Ahora, naturalmente, parte porque tenían razón, parte porque eran protestantes, los flamencos tuvieron a los historiadores del centro de Europa a su favor.

—Eso del protestantismo es cosa antipática.

—Sí, cierto; pero es lo que ha hecho principalmente que muchos de estos pueblos aparezcan en la historia como dulces y suaves, y, en cambio, nosotros hayamos sido ennegrecidos deliberadamente. Hay que ver los detalles a que condenaron a un francés, Gerard, que mató a Guillermo el Taciturno por instigación de Felipe Segundo. Es algo horrible; pero esto lo hacía un gobierno protestante, y todos los retóricos hueros, estilo Michelet y Quinet, lo legitimaron.

—Siempre la pasión.

—Siempre. Entre los individuos, como entre los países, hay la ley del embudo. Aquí estuvo un pintor español muy gracioso. No sabía nada de nada; pero al poco tiempo de estar aquí, y de visitar los pueblos holandeses y belgas, se hizo patriota frenético y entusiasta del duque de Alba. Para él su política era repetir aquellos versos del *Tenorio*, que declamaba con gran petulancia:

Entramos a saco en Gante, el palacio episcopal.

»Este español sentía gran odio por los flamencos; decía que eran roñosos, de una manera de ser mezquina, y que el único hombre que los había comprendido era el duque de Alba. A nuestro paisano, que no había sido nunca patriota en España, se le exacerbó el patriotismo de un modo extraordinario. “Yo no puedo aprender idiomas —me decía una vez—. Cuando tengo que decir en un teléfono *Allo! Allo!*, me

avergüenza”.

—¡Qué tontería! —exclamó Pepita.

—¿Por qué? Ya ves tú. Yo, aunque soy comerciante, empleado en una casa comercial, siento cierto desprecio por los comerciantes, y leyendo la historia de las guerras de Flandes me halaga tener como paisanos al duque de Alba y a sus hombres. Yo tengo gran antipatía por una guerra como esta última, grande, pesada, estúpida... Y, sin embargo, el comerciante, el hombre pacífico, el judío, me repugna.

—¡Quién te va a entender a ti, Joshé! —exclamó Pepita—. Enemigo de la guerra y enemigo de la paz; enemigo de los católicos y de los protestantes...

—Y de los judíos.

—¿También de los judíos?

—También. Los judíos no son como nosotros. El católico sobre todo el cura, tiene algo duro y sombrío, pero es de casa; el protestante tiene un hábito de hipocresía y de pedantería muy desagradable, pero es el vecino; el judío, no; es una cosa exótica.

—Madama Van Leer me decía que era extraño que los católicos les llamaran a ellos herejes. Naturalmente. «¿Cómo les van a llamar?», le pregunté yo. Me dijo también que ellos no querían que los católicos celebraran procesiones por las calles. «Pues hacen mal», le contesté yo. «¿Ustedes dejarían en los, pueblos de España que los protestantes tuvieran procesiones?». «Yo, no», la dije.

—No se pondría muy contenta.

—Claro que no. Ellos dicen, por nuestros curas, que no quieren gente vestida de máscara, como si las levitas y los alzacuellos de sus pastores no fueran igualmente indumentaria de máscara. No nos entendemos. Sin duda, la religión nos separa de ellos.

—Y no es sólo la religión lo que nos separa de ellos; es esa roña, esa avaricia, esa mezquindad que es el carácter de toda la Europa germánica y civilizada. En eso pueden competir con los judíos.

—Mi marido dice que los judíos son simpáticos; mucho más serios y más formales en cuestiones de comercio que los españoles y que los mismos franceses e ingleses.

—Sí; es una gente que no tiene conceptos parecidos a los nuestros. Sobre todo del dinero, tienen una idea muy especial, que ha triunfado y se ha apoderado de toda Europa y América. Para la mayoría de nosotros, el dinero tiene un valor oscilante, variable. ¿Se posee mucho? Pues entonces la unidad, la peseta, el franco, el marco, importan poco. ¿Se tiene una cantidad escasa? Pues entonces esa misma unidad vale mucho. Prácticamente, nosotros cambiamos de unidad. Tú, seguramente, en tu casa, en Bilbao, llevas la cuenta de la cocinera. Este manojito de perejil, que ha costado treinta céntimos, en vez de veinte, te hace protestar y decir que todo está muy caro; pero sales de Bilbao, tomas el tren y ya el valor de la moneda ha cambiado para ti, has tomado rápidamente otra unidad. Lo mismo me pasa a mí, y a casi todos nosotros; pero a los judíos, no. Para los judíos y para la gente de banca, la unidad

nunca varía. Para nosotros, el dinero es una realidad como todo lo demás, más o menos necesaria, según las circunstancias y las necesidades. Para ellos es una entelequia, un símbolo. Nosotros tenemos la idea realista y romántica a la vez del dinero. Ellos tienen la idea clásica.

—¿Y de qué crees tú que depende esto?

—Yo creo que esto debe depender, en gran parte, de que nosotros somos en pocas generaciones labriegos y campesinos, y ellos llevan cientos de años de comerciantes. La verdad es que cualquiera pensaría que no había de ser su idea del dinero-esquema mejor que la idea nuestra del dinero-realidad para hacerse rico, pero lo es. Lo suyo es como la ciencia al lado de la improvisación.

En medio de estas conversaciones puramente intelectuales, había momentos en que Larrañaga y Pepita reían, y él encontraba ocasión de agarrarle a ella de la mano y aun de besársela.

LAS HORAS DE LA PAZ

Cronos, el de la guadaña y el reloj de arena, ha escrito muchas divisas melancólicas probablemente con alguna tibia o con algún fémur, en todos los idiomas, en las esferas de los relojes. La concisión del latín ha dejado las más características: «Hora fugax». «Velox præterit hora». «Vigilate et orate quia nescitis hora». «Me lumen vos umbra regit». «Fugit irreparabili tempus». «Tempus edax rerum».

Joe asegura que las dos más expresivas leyendas de los relojes son, una, la del pueblo de Hasparren: «Ut fugitur umbra sic vita», traducida al vasco en estas palabras: «Nola itzala hala bizia»; la otra, la de Urruña: «Vulnerant omnes ultima neecat».

«Las divisas de Cronos», *Las sorpresas de Joe*

Soledad y Pepita, en compañía de Larrañaga, vieron los pueblos próximos a Ámsterdam. Aquel país, plano, sin sorpresas surcado por canales, lleno de casas de campo repintadas y cuidadas, encantó a Soledad y no entusiasmó tanto a Pepita, que llevaba ya el prejuicio y la antipatía.

—Aquí todo tiene aire comercial —decía Pepita.

—Iremos a ver Delft y La Haya; luego, si queréis, seguiremos a Rotterdam.

Delft, dormida a la sombra de sus tilos frondosos, con sus canales estrechos, rectilíneos, sobre cuya superficie el comienzo del otoño iba dejando las primeras hojas amarillas, les hizo mucho efecto.

Había este olor de humedad otoñal tan admirable y se sentía la voluptuosidad de la vida, como si fuera un vino fuerte y aromático.

Larrañaga quiso encontrar el punto de vista que había tomado Juan Vermeer en su paisaje célebre de la calle de Delft, que está en el Museo de La Haya, pero no lo encontró.

Vieron el palacio de los príncipes de Orange, las marcas de las balas que disparó el francés Gerard cuando mató a Guillermo el Taciturno, y, al lado de un palacio y de una iglesia vieja, un medallón con la efigie del naturalista Leeuwenhoek. Larrañaga conocía la vida y los estudios de este sabio holandés, que descubrió el microscopio, y contó sus fantasías y sus extravagancias.

Después marcharon a La Haya, entraron en la vieja torre fortificada donde los hermanos Witt, acusados de un complot contra la vida del rey, estuvieron encarcelados y fueron después hechos pedazos por el pueblo.

«Esta es la dulzura de los países protestantes», dijo Pepita.

Les mostraron una serie de instrumentos de tortura, muy desagradables, y el tomo de Molière que leía uno de los hermanos en la prisión.

Después de comer marcharon a ver el Palacio de la Paz, hermoso edificio con torres, grandes arcadas y magnífico jardín.

El palacio de la Paz estaba convertido en curiosidad turística y se pagaba a la

entrada por visitarle.

«¡Qué cantidad de farsa con salsa inglesa hay en todo esto!», dijo Larrañaga.

Entraron en el parque y después en el palacio.

Visitaron salas y más salas; vieron la reja labrada, regalo del káiser; el jarrón del zar Nicolás y tres tinteros de plata enviados por España.

—Me voy a lavar las manos —dijo Larrañaga a Pepita, al ver un magnífico lavabo—. Siquiera que un palacio así sirva para algo.

Se metió en el cuarto. Luego, al salir al corredor, se encontró con que el grupo de turistas había desaparecido; avanzó y retrocedió y no los pudo encontrar, hasta que, al cabo de diez minutos, vio que salían de un salón.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Pepita.

—Nada; me he metido en ese cuarto de baño, y al salir no sabía dónde estabais. He pensado en las aventuras de un hombre perdido en el palacio de la Paz.

Siguieron mirando los distintos salones y galerías; salieron de nuevo al jardín y leyeron el letrero del reloj de la torre: «Paces solum horas indices». Larrañaga estuvo pensando cuál era la traducción exacta, y supuso que quería decir: ‘Indica sólo las horas de la paz’.

«¡Qué farsa, qué tartufería más desagradable!», concluyó diciendo.

A Pepita no le gustaba ir a los museos. A pesar de ello, Soledad y Larrañaga la convencieron para que fuese al Museo de Ámsterdam.

Fueron al museo y dio la casualidad de que se encontraron allá con el matrimonio Van Leer y con Fernando. No era posible hacerse los desconocidos, y no tuvieron más remedio que reunirse con ellos.

Pepita, que tenía cierto sentido de la pintura, se mostró displicente y desdeñosa.

Delante de la célebre *Ronda de noche*, de Rembrandt, Pepita dijo al momento que aquella luz no le parecía de noche.

—No es de noche, es evidente —replicó Larrañaga—. Pero ¿no te gusta?

—Me parece un cuadro muy efectista y que todas las figuras están como envueltas en una niebla aceitosa.

Fernando protestó. La holandesa hizo un gesto, como diciendo: «¡Qué disparate!».

Pepita afirmó que todas estas figuras de Rembrandt le parecían teatrales, espectrales, todas como fritas, envueltas en aceite rancio.

—Es verdad, tienes razón —dijo Larrañaga—: todo parece en vuelto en grasa y en caramelo, lo que no impide para que esté admirablemente dibujado y pintado. Me choca verte con opiniones tan definitivas, pero me parece que tienes razón. A mí, al menos, me da una impresión semejante.

Los síndicos de los pañeros, también de Rembrandt, tampoco le gustaron, por una razón indudablemente poco estética, porque uno de ellos se parecía a Van Leer.

Echaron un vistazo a las salas modernas.

Como pretendían que siguiera viendo el museo, Pepita dijo:

—Yo no quiero ver tanto cuadro; estoy harta; esto me aburre.

El señor Van Leer manifestó por Pepita gran admiración al verla tan definitiva en cuestiones de pintura.

—Es una mujer admirable —le dijo a Larrañaga—; yo no me atrevería ni a decir ni a pensar lo que ella dice.

—Sí; hay pocas gentes que en esos valores del espíritu tengan como ella una opinión fuerte. A Pepita no le engaña nada; el *snobismo*, las afectaciones de originalidad y de elegancia no le cogen. Parece distinguir la moneda falsa de la buena al momento.

—Es verdad —dijo el señor Van Leer—; posee una independencia de juicio y muy graciosa, que no es una cosa estudiada.

—No; es espontáneo en ella.

—Por eso me sorprende tanto. Allí, en Buenos Aires, todo es *snobismo*, y aquí igual.

—Es la acción de la prensa —dijo Larrañaga—, que da las opiniones hechas, y un poco el *bluff* de la época. En nuestro tiempo se ha creído, por ejemplo, que Flammarión era un astrónomo como Kepler o como Copérnico, que Maeterlinck o D'Annunzio son como Shakespeare.

—¿Usted cree que los antiguos valdrían siempre más que lo modernos? —preguntó el señor Van Leer.

—No lo sé. Yo no hablo de su valor como quien dice intrínseco, sino de lo que representan esos hombres antiguos para los hombres de hoy.

El señor Van Leer y Larrañaga estaban de acuerdo en muchas cosas, sobre todo en su admiración por Pepita.

SEGUNDA PARTE

NUEVOS ELEMENTOS

AMOR DIVINO Y AMOR HUMANO

Hay un arsenal de viejas figuras amaneradas, artefactos que tienen su fondo verdadero. El sino de las verdades en la literatura es convertirse a la vejez en lugares comunes. Uno de estos artefactos retóricos, dignos de la alegoría, es la copa que ofrece la vida, unas veces llena de placeres, otras de amarguras.

La copa de la vida, como copa de guardarropía, es una copa de cartón pintada de purpurina; pero, aun así, tiene su realidad alegórica. Unos beben en ella, o, por lo menos, creen que beben, el espacio azul, el éter puro; otros, un líquido espeso, ardiente, hecho con vitriolo, alcohol y especias fuertes, y salpicado con gotas de sangre humana.

«*La copa*», Evocaciones

Los Van Leer se habían quedado a pasar el resto del verano en Scheveningen. Fernando los acompañaba, y tenía el gusto de ver a la holandesa que se bañaba en la playa casi desnuda.

Pepita decidió ir a Rotterdam, y Soledad con ella. Fernando iría y volvería. Era para él la mejor solución.

Larrañaga buscó habitaciones para sus dos primas en el segundo piso del hotel del Puerto, donde él vivía.

—Ya tenéis las habitaciones preparadas —dijo a las dos hermanas.

—Muy bien; vamos allá.

—¿No piensas decírselo a tu marido?

—A mi marido no pienso ya hacerle caso. ¡Que se vaya a paseo!

Salieron de Ámsterdam los tres con un chaparrón tormentoso. Las gotas resonaban con fuerza en el suelo y dejaban marcas como gruesas monedas.

Mientras iban en el tren siguió lloviendo copiosamente.

—Creo que Rotterdam me va a gustar más que Ámsterdam —dijo Pepita.

—Rotterdam no es esa Holanda pesada, roñosa, egoísta, germánica —contestó Larrañaga—. Este es un pueblo de marinos, aquí las casas parecen castillos de popa, los muelles tienen pinta de barcos y hasta los árboles recuerdan los mástiles.

—Sí; esto creo que me va a gustar más.

—El hombre de Rotterdam tiene grandes condiciones —añadió Larrañaga—. Es inteligente, trabajador, tranquilo; sin orgullo ridículo y sin vanidad, lucha por la vida como puede. Aquí no se oye nunca hablar de historia, ni del duque de Alba, ni de cosas pasadas; a nadie se le ocurre comparar a Rotterdam con Londres, ni aun con Hamburgo. Si a uno de Rotterdam se le dice que el pueblo es bonito, se sonreirá, como diciendo: «No está mal». En Ámsterdam hay un orgullo ciudadano parecido al de los pueblos del mediodía; aquí, no.

—Allí hay orgullo y roña.

—Sí; parece que se ha unido la roña holandesa con la avaricia judía.

—¿Y tú crees que esta gente de Rotterdam no es patriota?

—Es patriota de otro modo; no a la manera nuestra, latina, que es un poco cándida y estúpida. Yo he nacido en el pueblo de Cervantes, de Dante o del Tiziano. ¿Y qué? Puede usted ser un imbécil.

—Tú todo lo quieres echar por tierra —exclamó Pepita—. No estoy conforme; comprendo que se esté orgulloso de ser de París, de Florencia o de Roma.

—Yo, no. ¡Qué gloria pertenecer a los tres millones de habitantes de París! ¡Tener la tresmillonésimaava parte de la gloria parisiense!

—Eres un orgulloso.

—Quizá. De ostentar algo, me gustaría ostentar méritos personales. Que un pintor me diga: «Yo soy de Florencia, pueblo que ha producido los pintores más exquisitos del mundo, pero pinto tan mal como cualquiera de los pintores italianos modernos», «Soy de Alcalá, paisano de Cervantes, pero escribo unas novelas pesadas y ridículas».

—¡Qué malevolencia tienes para todo!

—No; lo que digo me parece una cosa vulgar, corriente. De tener orgullo colectivo, me parece más lógico tenerlo por lo actual que por lo pasado, y estos países del norte de Europa, de hoy, tienen una superioridad colectiva evidente.

—¿Por qué?

—Estos pueblos han cogido la época en que el agua y el carbón son los grandes elementos de la industria y del comercio. Si no tuvieran estos elementos, languidecerían por muy arios que fuesen. Saben desenvolverse; Rotterdam, por ejemplo, no tiene el peso del elemento oficial. Está desembarazado de la burocracia complicada, vive en el presente y casi en el futuro. Antes de la guerra se hizo un esfuerzo y el ayuntamiento concedió un premio de cientos de miles de florines al barco que entrara en Rotterdam e hiciera el número diez mil. Para principios de noviembre ya había entrado el vapor que hacía este número.

Al llegar a la estación de Rotterdam, Larrañaga y sus primas tomaron un coche y fueron al hotel.

Los cuartos que había alquilado Larrañaga daban al río y tenían una vista admirable.

—He arreglado vuestros cuartos lo mejor que he podido —dijo José—, quitándoles ese aire vulgar que tienen las habitaciones de los hoteles.

—Muchas gracias, Joshé —dijeron Pepita y Soledad.

Había llevado libros y había puesto unos jarrones de flores.

—Son cuidados de solterón —dijo en broma Larrañaga.

—Y tú, ¿dónde vives? —preguntó Pepita.

—Yo vivo en esta misma casa, en un piso alto. Mi cuarto da a una calle pequeña, la calle del Pelicano, que desemboca en el paseo del canal de Leuvenhaven.

Las dos hermanas quedaron encantadas del sitio en donde estaba el hotel.

Fueron a la oficina y por la tarde a ver la casa de su primo.

El cuarto le pareció a Pepita muy simpático y agradable. Con su penetración de mujer lista, comprendió que allí se veía una mano femenina. No es que creyera que José tuviera mal gusto, pero sí le consideraba abandonado.

—¡Chico, qué casa más bonita! —dijo Pepita—. Ya me figuraba yo que tendrías un rincón simpático para vivir.

—¿Te gusta?

—Sí; este cuarto, sobre todo, es muy bonito. ¡Qué bien huele aquí! ¿Qué hay en esta habitación?

—Unas magnolias.

—Es un olor tan bueno, que me da tristeza.

—Ya aparece la sensualidad. Un cura te diría que es pecado.

—Pero tú creo que no tienes nada de cura.

—Un poco nada más, como buen vascongado.

—¿Y ese retrato de quién es? —preguntó Pepita, señalando el que estaba sobre la chimenea.

—Es de una muchachita alemana que vivió aquí, de quien te he hablado.

—¿De Nelly?

—Sí.

—¿Y quién lo ha hecho?

—Yo.

—¿De verdad?

—Sí; de verdad; ¿por qué te iba a mentir?

—Pues me parece muy bien; tan bien como cualquier retrato de un pintor de fama.

—Celebro mucho que te guste.

—Sí, chico; ¡si ese retrato está muy bien!; cuanto más lo miro, más me gusta.

—¿De veras?

—Sí; me da la impresión de que tú hubieras sido un buen pintor. Es cosa rara; creo que entiendo algo de pintura sin habérmelo propuesto. Siempre que he ido a los museos he ido sin ganas, y, sin embargo, al cabo de algún tiempo, he visto cosas en los cuadros que antes no veía.

—Es el sentido natural del arte, que indudablemente tienes.

—¿Y qué le pasó a esta muchacha del retrato? ¿Estaba enferma?

—Sí, estaba muy enferma. Ella tenía, la pobre, mucho entusiasmo porque yo le hiciera el retrato.

—¿Y tú también?

—Sí, también.

—¿Tú la querías?

—Sí, la quería como a una amiga, casi como a una hija. Estaba débil del corazón.

—¿Y ella te quería?

—No tenía más amistad que la mía.

—Debía de ser bonita.

—Sí, era bonita.

—Así, humildita, modosa...

—Sí.

—Tenía el pelo del mismo color que yo.

—Es verdad.

—Y el tipo de ser buena.

—Era muy buena muchacha, pero le faltaba salud. La muerte de esa chica me impresionó mucho. Me sentí misántropo, y pensé que toda la gente que me rodeaba era egoísta, estúpida y mezquina, quitando algunos infelices que venían a ser las víctimas propiciatorias de la crueldad general. Pensé volverme a España; pero... ¿no era también estúpida, egoísta y mezquina la gente de Bilbao? ¿No me había pasado la juventud reprochándoles esos defectos? Decidí quedarme. Al menos, aquí me dejan en paz.

—Siempre has tenido tú esa tendencia de misántropo.

—Es, en el fondo, exceso de sensibilidad y poco valor, quizá histeria. En esta época de hipocondría y de soledad, recordaba cosas que había hecho, o tonterías que había dicho como hechos actuales. Me avergonzaba y me ponía en ridículo ante mí mismo.

—¡Qué trabajos más inútiles!

—¿Qué quieres? Esto ha sido para mí lo peor. No he llegado a ser un hombre, como se dice, de una pieza; porque hay tipos que se lanzan a ser misántropos, solitarios, y lo son; no ven a nadie; eso está bien; pero yo, como digo, lo soy todo a medias. Un poco misántropo y solitario, un poco social, un poco bueno, un poco malo y siempre calamitoso.

—Y siempre también severo contigo mismo.

—Sí, es verdad. No reacciono con violencia ante los hechos; la reacción mía constante es la depresión. Es la presa que se vacía, y en donde el agua fangosa empieza a fermentar. Muchas veces pienso que debo de ser muy perverso, porque se me ocurren toda clase de crímenes, brutalidades y de horrores; pero ¿es la imaginación que los inventa gratuitamente, o es el instinto, que es de verdad criminal? No lo he podido aclarar.

—*Confusionario*, como decía nuestro amigo Stolz.

—No; aquel era un hombre grande, siempre alegre.

Larrañaga se asomó a la ventana e indicó con la mano la vista que se divisaba desde allá. El anochecer de este día de principio de septiembre parecía de entrado el otoño, con el cielo gris, las calles mojadas y el río de color de barro. El viento jugaba con la niebla, las torres lejanas aparecían y desaparecían al correr de las masas en bruma.

Los hilos del telégrafo y del teléfono cruzaban el aire. Brillaban algunos focos eléctricos.

—¿Tienes el retrato de la otra aquí, de aquella de quien me hablaste en París? — preguntó Pepita.

—Sí.

—Me lo tienes que enseñar.

—Ahí lo tienes.

—¡Ah!, ¡muy guapa! ¡Ya lo creo! Tiene aire de mujer de mucho carácter.

—Lo era, indudablemente, es decir, lo es; pero para mí como si lo hubiera sido.

—El amor divino y el amor humano. Esta del retrato hecho por ti, el amor divino, y la de la fotografía, el amor humano.

—Sí; esta, un poco demasiado humano.

—Y aquella, un poco demasiado divino.

—Tienes razón. El amor divino ha dejado un buen recuerdo, el otro no ha dejado nada.

—Esa Nelly te inspiró.

—Sí, me impulsó a hacer su retrato, aunque tenía mucha desconfianza de que me saliera bien.

—Hay que insistir. Yo te lo digo siempre.

—Lo dices con malicia.

—Pero el consejo es bueno.

—Sí, quizá. El caso es que pinté la figura de esta chica muchas veces y, a fuerza de machacar, me salió algo. Esta muchachita era entusiasta del arte y llegó a convencerme de que podría hacer su retrato y al fin lo hice.

—¿Y ese gato que duerme ahí? ¿Tiene también su historia?

—Este es un gato español traído de un barco. Es tuerto y está lleno de heridas. Es un gato aventurero, debe de ser soldado de algún duque de Alba gatuno. Yo le llamo viejo bandido, asesino de gatos pequeños. Suele pasar tres y cuatro días fuera, no se sabe en dónde, y, según parece, riñe con los demás gatos. Después de sus excursiones vuelve a casa y pasa días durmiendo en una silla, cerca del fuego, hasta que, sin duda, toma fuerza y se larga de nuevo a seguir sus aventuras.

Pepita y Soledad conocieron a la dueña de la casa, *madame* Grebber, y a sus hijas. La dueña, muy amable y sonriente, les pareció muy simpática, y las muchachas, muy guapas. La institutriz inglesa, *miss* Ross, también huésped del piso alto, había ido a pasar una temporada a su país.

Sabemos muchas veces el comienzo de las cosas, su germinación y su formación. Así como el agricultor en la tierra deposita la semilla, dejamos nosotros un hecho, a veces insignificante, en el seno del tiempo. Luego este hecho se agranda, se complica, y a veces nos sorprende. Es un huevo de paloma del que ha nacido un dragón.

«Los comienzos», *Evocaciones*

Por la tarde anduvieron Pepita, Soledad y Larrañaga por el paseo de Coolsingel, desde la puerta de Delft hasta el monumento Galand, y vieron el mercado de flores.

—Hay borrachos —dijo Pepita.

—Es sábado.

—¿El sábado se permite?

—Ya se sabe que el sábado, en estos pueblos de marineros, hay gente que va dando tumbos por las calles.

Al volver a casa cenaron en el hotel y luego subieron a la habitación de Larrañaga, y Pepita y Soledad estuvieron tocando el piano.

Acudieron *madame* Grebber y sus hijas, y al oír en la escalera a Campen, el hombre del *polder*, le llamaron.

Juan Campen conoció a Pepita y la saludó; pero por más que ella se mostró muy amable con el viejo, este no se rindió; aseguró después que no le podía hacer olvidar a Nelly. Aquella era su preferida, aquella era humilde, modesta. A Pepita la encontraba demasiado decidida y satisfecha.

También las dos hermanas conocieron, unos días después, a Olsen y a su mujer, pero Larrañaga temía un poco la ironía de dinamarqués e hizo que Pepita no acudiera a casa de Olsen, pesar de que la habían invitado.

Visitaron también la oficina para conocer a don Cosme de quien José les había hablado como de un tipo raro. Don Cosme estuvo muy cariñoso con las dos hermanas. Como Pepita sentía gran curiosidad por saber cómo había sido Nelly, se lo preguntó a don Cosme.

—¿Cómo era esa Nelly? ¿Era simpática?

—Era un ángel —contestó él—. ¡Pobre muchacha!

—¿Estuvo a punto de casarse con Joshé?

—Sí, fue una lástima. No tenía salud. Hubieran hecho una gran pareja.

—Y mi primo, ¿es buen jefe?

—Sí, ya lo creo; es muy bueno y muy enérgico.

A Pepita le daba risa que don Cosme tuviera aquella idea respetuosa de José.

«Al menos a este le ha convencido», se dijo.

Al parecer, las dos hermanas se encontraban muy a gusto en Rotterdam.

Larrañaga las acompañaba a todas partes y vivían los tres en completa intimidad. Larrañaga veía que la pendiente era peligrosa, pero no se apartaba de ella. Le resultaba demasiado agradable.

Unos días después, Pepita miraba atentamente a su primo.

—¿En qué piensas? —le preguntó él.

—Pienso en que siempre has sido tímido y cobarde. Esa misma pobre niña Nelly, que vivió aquí contigo, quizá, si te hubieras casado con ella, no se hubiera muerto.

—No; eso, no. Nelly estaba muy enferma, y el matrimonio hubiera precipitado su muerte.

—¿Tú qué sabes?

—Lo decía el médico, lo comprendía yo.

—No creo en la ciencia del médico ni en la tuya.

—Tú, no; pero el resto del mundo creemos que son los médicos los únicos que saben algo de medicina. Es, quizá, una idea demasiado vulgar, pero cierta.

—Tú debías haberte casado conmigo, Joshé.

—¿Tú crees? —preguntó él, enrojando ligeramente.

—Sí.

—Yo hubiera ganado; tú, no sé. Es posible que a estas horas estuvieras aburrída de tener un marido poco brillante.

—Quizá, sí.

—Además, casada conmigo no hubieras sabido apreciar las pequeñas condiciones espirituales que tengo. Yo necesito perspectiva.

—Como los cuadros..., un poco de alejamiento.

—Eso es.

—Nos hubiéramos entendido bien. Cierto que tú eres terco.

—¡Yo!

—Sí, y tienes un carácter demasiado individual para ser un buen marido.

—Por eso no lo he sido. ¡Tiene gracia!

—En la juventud, yo no tenía idea de nada —siguió diciendo Pepita—; no comprendía cómo eran las personas ni cómo era el matrimonio.

—¿Y hoy sí?

—Hoy, sí. Hoy me parece que comprendo a las gentes.

—Con relación a mí, ¿qué has comprendido?

—Para ti, naturalmente, hubiera sido mejor no tener esas aventuras, que no te han servido más que para sufrir y desesperarte. Esa Nelly debía de ser una chica muy buena, pero completamente aburrída.

—No, no.

—No comprendo cómo a nadie le puede gustar ese tipo de mujer modestita, oscura.

—Naturalmente, porque tú juzgas como mujer; eres partidaria del tono mayor, pero yo no lo soy.

—Yo me figuro que te gusta ese tipo de mujeres porque no te has atrevido con las otras, con las elegantes y bien vestidas.

—¡Bah! Vosotras creéis que una mujer, porque sea atrevida y se vista bien, ya es algo muy solicitado. Y no hay tal. La mayoría de las mujeres creen que el traje y las joyas realzan en un cien por cien la belleza femenina.

—Y es verdad.

—¡Qué va a ser verdad! Perdona que te diga. Esas ideas son ideas de cupletista. Claro. Cada uno juzga de la vida por sí mismo.

—Lo que a ti te pasa es que tienes egoísmo y miedo a mezclarte con los demás y a que te hagan daño.

—Egoísmo, ¿con relación a qué? Las mujeres llaman egoístas al hombre que no se casa, como si el matrimonio y la procreación fueran unos dioses a quienes hay que rendir culto necesariamente.

—Y lo son.

—Según para quién.

—Para todos.

—Para la mayoría, es indudable. Formáis, hombres y mujeres casados, un ejército con su tambor mayor y su música al frente.

—¡Qué idea!

—Es algo así. Todos los que andan dispersos y no están alistados en su ejército, son rebeldes y dignos de la horca.

—Completamente dignos de la horca —aseguró Pepita con seriedad cómica.

—Es el terrorismo social. Esos rebeldes son, muchas veces, gentes que tienen personalidad, una idea individual del amor, y no quieren aceptar, sin examen previo, los ideales de los demás. Y esto no se perdona.

—No se debe perdonar.

—Pues mira, yo, en ese sentido, soy más malthusiano que otra cosa. Creo, como Stuart Mili, que debe considerarse a la pareja que tiene familia numerosa con el mismo desprecio que a la que se embriaga. Yo, al que tiene cinco hijos, le pondría una multa.

—¡Qué horror! ¡Qué disparate! Entonces la vida es como un crimen.

—Ya sabes lo que dice Calderón:

*Porque el delito mayor
del hombre es haber nacido.*

—¡Bah! Eso es una tontería, aunque lo haya dicho Calderón.

—Hablando en serio, casi como pueden hablar dos profesores graves, yo creo que la humanidad tiene que tener sus especialistas. Los hombres sanos, fuertes, corrientes, al amor, a la familia; los hombres raros para quienes la relativa soledad puede ser útil

y fecunda al celibato.

—¿Es decir, que, según tú, para el matrimonio se dedicaría lo peor?

—No. Al revés.

—Pero vamos, los brutos.

—Si la salud y la fuerza es brutalidad, sí. Yo creo que hay un fondo de barbarie y de crueldad, es decir, de salud en toda manifestación sensual, pero no hay que despreciarlo. Es como el matrimonio. El matrimonio no es una consecuencia del amor puro, sino del amor dentro de la mediocridad social.

—Así que un marido ideal para ti es el bruto sociable.

—Sí, algo así. No es seguramente el marido ideal un ser inteligente, insociable y nervioso.

—En todo eso que hablas, ¿sabes qué noto? —preguntó Pepita.

—¿Qué?

—El miedo al sufrimiento.

—Es posible. ¿Qué cosa más natural que tener miedo al dolor?

—Pero, prácticamente, ese miedo al dolor me parece poco prudente —añadió Pepita—, porque apartándose de la lucha y queriendo vivir a la defensiva, se ve que se sufre tanto como de cualquier otro modo.

—Efectivamente, yo reconozco que soy cobarde para el sufrimiento. Prefiero tener un caparazón de indiferencia para todo y no dejarme llevar por el sentimentalismo, que siempre me ha dado muy malos resultados. Hay que tener una especie de pared aisladora ante la brutalidad de los demás.

—Esa especie de pared aisladora no sirve para nada. Yo creo que es lo mismo que los que se abrigan mucho y se constipan más que los que llevan poca ropa.

—Esa es una tesis falsa —contestó José—. El que se abriga mucho es porque tiene propensión a los catarros.

—Las mujeres, en esto, somos mucho más valientes que los hombres. Sentimos más y pensamos menos.

—Pero no es sólo porque las mujeres son más valientes por lo que se lanzan a la vida amorosa con más energía. Es también porque ante ellas no hay más que un camino, y nosotros tenemos, por lo menos, dos o tres.

—Todo lo que se piense en esos asuntos yo creo que no sirve para nada. Hay que dejarse llevar, vivir lo mejor y lo más agradablemente posible, y nada más.

—Sí, eso se dice fácilmente, pero en la práctica no hay tal facilidad. Las cosas no dependen casi nunca completamente de uno; hay mil circunstancias que impiden que la voluntad nuestra se realice.

Yo soy como esos relojes viejos que tienen la máquina trastornada no hay manera de componerla ni de arreglarla. Arrimados a la pared, con su forma de ataúd, desafían a los mejores relojeros. En la caja de esos relojes hay polvo y telas de araña, y entre dos pesas de plomo desiguales, que cuelgan de cuerdas negras, una péndola dorada, que como el corazón de la máquina que hace tic-tac, tic-tac, sin cansarse Aunque anden, estos relojes adelantan o atrasan, y cuando llega el momento de dar las horas, se disparan con ruido terrible en sonoras campanadas, y en vez del cuarto, dan la media, y cuando tienen que dar las doce, dan la una.

Estas campanadas insólitas parecen asombrar al mismo reloj de donde salen, y a todo lo que le rodea, y los muebles y los cuadros se piensa que se han de mirar unos a otros con extrañeza y con sorna, y hacerse un guiño burlón y confidencial.

«Definiciones», *Croquis sentimentales*

—En las amistades y en los amores —dijo Larrañaga— tengo salida de potro cordobés y parada de burro manchego.

—¿Por qué?

—Así me pasa. Muchas veces caigo bien y produzco simpatía, pero al cabo de algún tiempo, en vez de afianzar la simpatía, la pierdo. Para consolarme, pienso que esto sucede cuando se ve que mi amistad es una posible distracción, pero no es útil.

—Siempre con tu mala idea de los demás y de ti mismo —contestó Pepita.

—Se busca la verdad por los medios que están a nuestro alcance. Intenta uno no engañarse.

—¿Y lo consigues?

—¡Qué sé yo! Por lo menos me preparo para encontrar la verdad teniendo mala idea de mí mismo.

—Y de los demás.

—Tienes razón, y de los demás.

—¿Te encuentras tan poca cosa?

—Sí, querida; estoy un poco arruinado, pero no es mi alma como una ruina antigua e imponente digna de aparecer en el fondo de una tabla florentina; es más bien un desbarajuste sin orden. Soy un hombre que tiene la aspiración a la vejez tranquila, no, claro es, a la decadencia física y a la enfermedad, sino a la inmovilidad mental y al gusto por la rutina. Me gustaría mucho perder la curiosidad y contenerme en las cosas próximas y sabidas. Una pequeña renta para vivir, una limitación mental, sería mi ideal. Las dos cosas son, indudablemente, muy difíciles de adquirir.

A las quejas irónicas de Larrañaga contra el destino, Pepita unía su cólera contra el matrimonio y contra su marido. Larrañaga encontraba explicable la actitud de Fernando. Una vez dijo, convencido:

—Tomar una muchacha joven, bonita, rica, buena, inteligente, vivir y prosperar a

costa de la familia de la mujer y después, al primer momento, dejarla, no debe de tener nada de extraordinario para Fernando. Debe de ser un caso corriente. Él, sin duda, considera a la mujer como un gaucho puede considerar al caballo que ha cazado a lazo.

—No, pues en este caso le va a salir mal la cuenta —replicó Pepita—. Yo no soy de las que se resignan, ni mucho menos. Si soy como un potro cazado a lazo, no soy de los que se dejarán atar a una carreta.

—Tú no tienes la aspiración a limitarte y a no ser.

—No, no, al revés. Si me contemplan y me miman, soy capaz de renunciar a todo; pero si me excitan, saltaré por encima de los obstáculos que se me pongan, y no retrocederé ante nada.

—Eso está bien —dijo Larrañaga, riendo—. Cada uno buscando su ideal: yo, la paz y el estancamiento; tú, la guerra y la lucha.

Pepita, que era exuberante y turbulenta, sintió la necesidad de intervenir en la vida perezosa y gatuna de su primo. No lo hacía, seguramente, de una manera deliberada, pero sin querer trastornaba las costumbres y los viejos hábitos de Larrañaga.

A hacerle caso a ella, él hubiera tenido que cambiarlo todo de sitio.

«Bueno, bueno; por ahora lo dejaremos como está», terminaba diciendo Larrañaga.

A pesar de que resistía a las insinuaciones de Pepita, Larrañaga comenzaba a cuidarse, a acicalarse, a pensar en la ropa y en los zapatos. No quería que ella le reprochase su abandono, y tenía la preocupación de parecer joven.

«Estás muy guapo», le decía ella.

Él se reía.

El patrón, amigo de Joe, tenía una gabarra pequeña, amarrada al muelle, en un canal holandés. Era una casa flotante, limpia, cuidada, simpática.

Este patrón hablaba así a su amiga: «He visto los *docks* de Londres y sus bosques de mástiles; Hamburgo, con su río turbio y frenético; la inmensidad de Liverpool entre la niebla, y la anchura del Escalda, en Amberes; he visto los puertos del Mediterráneo y del Adriático, Nápoles y Marsella, Barcelona y Valencia, Venecia y Argel; las barcas cargadas de naranja en el mar azul bajo el cielo resplandeciente. He visto Java y Surabaya, rebosantes de riqueza. Y a todos los esplendores de las nuevas Cartagos y nuevas Babilonias prefiero mi gabarra pequeña, amarrada al muelle, en un canal holandés, y verte a ti pasar por la cubierta».

«La gabarra», *En voz baja*

Los Van Leer se habían quedado en Scheveningen; Fernando se pasaba el tiempo en su compañía. Casi todos los días, o por lo menos un día sí y otro no, marchaba a Rotterdam e inventaba siempre algún pretexto para no quedar allá. Desde Rotterdam escribía a su suegro dándole noticias de Pepita y Soledad.

—¡Cómo me saben a falso todas las palabras de Fernando! —decía Pepita—. Me parece un estúpido insignificante. No le tengo ningún cariño.

—¡Bah!, aún quedará el rescoldo —replicaba José.

—Creo que no queda nada. ¡Que se vaya a paseo! No quiero ocuparme de él.

—¿Y qué vas a hacer?

—Por ahora, quedarme aquí; luego, ya veré.

Pepita sentía que ya no quería ni estimaba a su marido. Le parecía antipático, desagradable. De pronto había tomado sin querer una actitud distinta con respecto a él. Ya no era la infidelidad. Era él quien la molestaba. La voz, el gesto, la manera de hablar, la manera de coger el tenedor o el cuchillo en la mesa, todo le desagradaba, le crispaba los nervios. No comprendía ni cómo le había podido gustar en otro tiempo.

«Estos hombres morenos, de cara correcta —se decía Larrañaga, al comprobar la actitud de Pepita— se convierten, con mucha facilidad, en tipos groseros y vulgares. Un poco de corpulencia, la nariz que se encorva, y el joven peripuesto y fino se transforma en burgués ordinario y desagradable.»

—No tendría ningún inconveniente en separarme de él para siempre y marcharme —dijo Pepita.

—Sí; pero ¿adónde te ibas a marchar? —preguntó Larrañaga.

—¿Tú no vendrías conmigo? —repuso ella, medio en serio, medio en broma.

—¿Para qué? ¿Para que me reprocharas luego que vivías mal?

—¡Pobre! No te reprocharía nada.

—Con poco dinero me parece que la mayoría de las aventuras de esa clase tienen que salir mal.

—Chico, no tienes valor —dijo Pepita, fingiendo que todo lo tomaba a broma.

—Es verdad; pero no tendría miedo por mí, sino por ti.

—¡Bah! Esas personas que se asustan de los peligros que corren los demás no me hacen gracia. Creo que lo que tienen es miedo de comprometerse —añadió Pepita.

—Sí, no digo que no —replicó Larrañaga—; pero esas personas se dicen: «Vamos donde tú quieras; tú tendrás la responsabilidad, tampoco soy muy de fiar».

Pepita se echó a reír, como si en aquellas palabras no hubiera nada serio; pero había algo de sondeo en lo que decía.

Un día, Larrañaga recibió el aviso de que uno de los barcos de la compañía había llegado.

—Yo tengo que ir al barco de nuestra casa —dijo a sus primas—; si queréis venir...

—Iremos, ya lo creo.

—Bueno; pues preparaos.

—Yo voy a ponerme un impermeable —dijo Pepita.

—Yo, también —añadió Soledad.

—Bueno; esperadme en el muelle, delante de la oficina; iré con la lancha a recogeros.

Larrañaga telefoneó para avisar a su marinero, y luego fue a la pequeña dársena de Veerhaven, al lado del río, donde había muchos balandros y lanchas de gasolina, y tomó una barquin amarilla que tenía el título *Pepita*, con letras de oro, a popa. Un marinero joven se puso al timón, y la barca atracó al muelle, enfrente de la oficina.

Pronto se acercaron las dos hermanas.

—¡Qué sorpresa! Esta lancha se llama como yo —dijo Pepita.

—Sí, esta lancha es tuya; ¿no te había dicho que se llamaba así?

—No.

—Este chico, este marinerito, es de Santurce.

Bajaron las dos hermanas, entraron en la gasolinera, y la lancha cruzó rápidamente el río.

—No tan de prisa —dijo Larrañaga al marinero—. Iremos viendo el río. A mí me parece lo más bonito de la ciudad.

—¡Qué de diversas cosas hay en los muelles de este puerto! —exclamó Pepita.

—Sí; esta mezcla rara de productos de Holanda y de Oriente: las cajas de margarina y las pirámides de quesos redondos de color de rosa, unidos al azúcar, al café, al cacao, al tabaco, a las pieles de búfalo y a la nuez moscada; los marineros de aquí, entre indios y mulatos.

—¿Estos puertos tienen mucha relación con las colonias?

—Sí, mucha. Como para los españoles de antaño, hay para los holandeses actuales un sueño mágico de Oriente. Para nosotros, el Trópico tomaba un aire de habanera. «Vámonos a Puerto Rico / en un cascarón de nuez», o «Allí, en un bosque de cocoteros / una mañana del mes de abril».

—¡Qué conocimientos tienes en el capítulo de las habaneras! —dijo Pepita.

—Muchos. Tú no conoces aquella de:

*Fue mi madre una mulata,
fue mi padre un capitán:
el jefe de la fragata
que va y viene de ultramar.*

—No, no conocía esa canción.

—Pues eso sigue así, y termina con esta lógica consecuencia:

*Por eso marinero yo quiero ser,
porque me gusta, morena, ver,
sobre las olas del ancho mar,
una fragata balancear.*

—¡Qué Joshé! ¡Qué célebre!

—Ver la fragata y no ir en ella era muy propio de los españoles de mediados del siglo diecinueve —siguió diciendo Larrañaga—. Sí; en Holanda se nota mucho el Oriente, aunque no en las canciones. A nosotros, los españoles, unas colonias como las holandesas nos hubieran excitado la imaginación y les hubiéramos enviado en seguida, automáticamente, frailes, militares y malos empleados; hubiéramos tenido allí grandes amistades y grandes odios, con lo que hubiéramos perdido nuestros dominios. Los holandeses, flemáticos, no excitan su imaginación y, a cambio de la canela y de la nuez moscada, envían buenos empleados y quesos de bola, que sin duda sirven para afianzar su poderío.

—El de Santurce se ríe —dijo Pepita.

—Este es un *bizkaitarra* que cree en muchas majaderías.

—Yo no he dicho nada. Usted es el que se burla, don José —replicó el marinero.

—Es verdad; yo me burlo; pero no divido al mundo en buenos y malos, en tontos y listos, y me pongo yo en el grupo de los buenos y de los listos.

El marinero de Santurce sonrió.

«Otro más que tiene mala idea de Joshé», pensó Pepita.

—Este mismo viajecito me recuerda otra habanera —siguió diciendo Larrañaga.

—¿Cuál?

—Aquella que dice:

*Cruzando el mar noche y día
yo te vi con el viento; yo te vi no dudar,
y envié mi barquita, la que cruza ligera,
a buscar otra playa, sí, donde pueda vivir sin amar.*

—Bueno, Joshé, abandona ese capítulo —dijo Pepita.

—¿Te parece ridículo?

—Sí, la verdad.

—¿Por qué? Muchas de esas canciones que ahora parecen tontas han conmovido a los que las cantaban.

Siguieron marchando por el Mosa.

La mezcla de humo y de niebla sobre el río ancho, amarillo, ribeteado por la espuma de las olas que hacía saltar la popa de los barcos, tenía un aire confuso y romántico.

La lancha de gasolina cortaba el agua, de color de cieno, como una flecha; pasaba por delante de soportes de madera, que parecían náufragos, almas en pena en aquel río turbio y brumoso, en el infierno de las olas y de las espumas.

El agua, gris y amarillenta, daba la impresión de navegar sobre barro.

Las sirenas rompían con voz ronca la niebla espesa.

Los barcos petroleros y los transportadores de mineral, negros y cerrados, y otros vapores blancos y rojos de minio pasaban con el retemblor de las máquinas y de las hélices y con murmullo suave al frotar sus paredes de hierro en el agua.

Los aspiradores y elevadores neumáticos, con escalas y tubos, parecían en la niebla verdaderos monstruos.

—Son como animales vivos —dijo Larrañaga—; parece que tienen brazos y manos, y una trompa, con la que aspiran el trigo. Un poco más y tendrán vida.

—Esta niebla es una fantasmagoría completa —dijo Pepita.

—Todo lo hace vago y lo llena de fantasmas —repuso José—. ¿Esa grúa es una grúa o el espectro de una grúa? ¿Ese es un barco o el fantasma de un barco?

Algunas pequeñas goletas y pataches pasaban de una zona de niebla a otra de sol y, de pronto, aparecían con las velas rojas.

—¡Cuántas veces han pintado eso los antiguos pintores flamencos! —exclamó Larrañaga, mostrando el mar gris y las velas remendadas de color de naranja.

Hacia atrás se veía el gran puente de hierro sobre el Mosa.

—Algunas de esas grúas parecen pájaros, como cigüeñas, que les colgara la carga del pico —dijo Larrañaga—. Otras recuerdan las figuras geométricas.

A dos balleneros enormes los estaban limpiando y pintando los fondos; uno de ellos era completamente blanco.

—¿Los pintan? —preguntó Pepita.

—Algunos, sí; a otros les dan sebo y sal de plomo.

Los remolcadores pasaban, haciendo roncar sus sirenas, arrastrando las barcazas, echando bocanadas de humo negro y dando silbidos estridentes.

Aquellas aguas turbias y grises, con su sombrío oleaje, cruzadas por embarcaciones que iban en todos sentidos, no dejaban de tener su grandeza.

En una de las lanchas, desde donde limpiaban los fondos de un ballenero, se destacaba un hombre grande, monstruoso, medio desnudo, lleno de vello, con un color de cerdo blanco. Tenía los brazos enormes, llenos de tatuajes azules. Su cara era

tan brutal como su cuerpo.

Pepita desvió la cabeza con horror.

«No se asuste la damita —le dijo aquel hombretón en inglés—. Soy un hombre que sabe ser galante con las señoras.»

Luego escupió un salivazo amarillo, de tabaco, al mar.

Larrañaga se echó a reír.

La tripulación de aquel barco ballenero se componía de noruegos o dinamarqueses; casi todos con cara redonda, pelo rubio blanquecino y ojos azules e inexpresivos, que miraban sonrientes desde la borda.

Atracaron con la *Pepita* a un lanchón y, saltando por encima de los fardos de la cubierta, subieron al barco bilbaíno. Estaban descargando. El que mandaba la maniobra daba sus órdenes en inglés. De cuando en cuando exclamaba perezosamente: «All right!».

Al subir al barco, Larrañaga dijo a sus primas:

—No creáis que en este barco, aunque os conozcan y sepan que sois hijas del patrón, os vayan a tratar con simpatía. Sois las hijas de un burgués y, siguiendo las pragmáticas socialistas, os tienen que mirar con odio.

—Bueno; ¡qué le vamos a hacer! —dijo Pepita—. Tienen poco aire de marinos esta gente.

—Ya nadie tiene aspecto de marino —contestó José—. El tipo de marino ha desaparecido de todas partes. Estos parecen obreros petulantes que pueden pasear el domingo en el Arenal de Bilbao. Son socialistas, internacionalistas; cantan canciones de café-concierto y se preocupan de los campeonatos de fútbol. Son iguales que los señoritos. Es lo peor que se puede decir de ellos.

Entraron en la cámara del capitán, que saludó a Pepita y a Soledad con talante de burócrata atareado que no tiene tiempo de ser amable.

El capitán era hombre joven, de cara atezada, bien vestido, con tipo de inglés; ignoraba completamente cuanto no fuera su oficio. A esta ignorancia, muy propia de vascongado, y sobre todo de bilbaíno, unía la presunción del que cree saberlo todo. Para él, Bilbao era el microcosmo. Se ausentó pretextando sus muchas ocupaciones.

—Estos paisanos nuestros son de una petulancia y de una suficiencia verdaderamente raras —exclamó Larrañaga—. ¡Qué limitación, qué estrechez de horizonte! Todavía esto se comprende en el que no sale de su pueblo; pero en esta gente, que anda de aquí para allá, es difícil de explicar. Ni Nelson tendría un aire más satisfecho.

—Está bien. ¿Por qué ha de estar descontento? —dijo Pepita.

—¿Queréis tomar algo? —preguntó José a las dos hermanas—. Aquí suelen tener muy buenos vinos.

El capitán entraba y salía de su cámara con frecuencia.

—¿Y el mayordomo? ¿El ruso? —le preguntó Larrañaga.

—Se ha marchado. Nos hizo una trastada. Era un tipo admirable.

—Sí, era un tipo raro.

—No se sabía si era un príncipe ruso o algún judío aventurero —dijo el capitán a las dos hermanas—. Era un hombre notable. Había sido organizador de caravanas turistas en la China, medio faquir en la India, intérprete en Egipto. Contaba historias muy graciosas.

—¿Verdaderas?

—¿Quién sabe? Nos dijo que estuvo presente cuando una compañía de soldados rojos, dirigidos por un oficial, fue al palacio de Tsarkoie-Selo, en Rusia, y sacó de su tumba el ataúd donde estaba Rasputín. Luego llevaron el féretro a un bosque, donde había preparada una pira. Allí, los soldados extrajeron con las bayonetas el cadáver de la caja, ya podrido, que olía a perros, y lo quemaron en una hoguera durante todo el día, y luego aventaron las cenizas, echándolas en la nieve. Nos contaba que alrededor de la hoguera había cientos de aldeanos rezando y llorando por su mártir Rasputín y que hubo que dispersarlos a culatazos. Nos contó que, en Reval, en una comida, había dicho a unos delegados bolcheviques: «Son ustedes tan canallas y tan bandidos como los antiguos grandes duques; pero son ustedes más ignorantes, porque ellos conocían las marcas de los buenos vinos, y ustedes no las conocen».

—Y ahora, ¿qué mayordomo tienen ustedes? —preguntó Larrañaga.

—El de ahora también es ruso; pero este no habla. No hace más que leer la Biblia. Parece que ha viajado mucho y ha sido militar. Cuando tengamos un paisano, un vasco, le echaremos fuera.

El capitán se marchó.

—Sentaos —les dijo José a Soledad y a Pepita—, estáis en vuestra casa. Esta gente alardea de ser seca. Si queréis tomar algo, llamaremos al mayordomo.

—No, no.

Volvió el capitán con el piloto, a quien presentó a las dos hermanas. Este también era un joven vasco y se las echaba de indiferente y de impasible; hablando de su madre, decía siempre *la vieja*.

Poco después entró un español arrugado, amarillo, dependiente en casa de un comerciante judío.

—¿Qué trae usted para aquí? —le preguntó al capitán.

—Traigo doscientos sacos de cuernos.

—Poca cosa —contestó en tono de burla el empleado.

—¿Por qué?

—Porque aquí todos son cornudos. En este pueblo hay el ciento cincuenta por ciento de cornudos. ¿No ve usted qué afición tienen todos ellos al nombre de Cornelio?

El empleado habló así largo tiempo, de una manera cínica.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Pepita en voz baja a Larrañaga.

—Nadie. Un cualquiera que se cree con derecho a ser desvergonzado.

Después, el capitán, el piloto y el empleado de comercio hablaron del nuevo mayordomo.

—Es ruso —dijo el piloto—. Yo no sé qué clase de pájaro es; si es un imbécil o un místico. Siempre está leyendo la Biblia. Yo le dije el otro día: «No comprendo cómo lee usted esas tonterías». Él se encogió de hombros. Otra vez le oí que decía al cocinero que había que prepararse por si nos llamaba el Señor. «Y si no hay llamada, ¿qué va usted a hacer?». Si quieren ustedes, le diré que venga para que le conozcan ustedes y se diviertan un poco.

—No, no —dijo Soledad, a quien la idea de burlarse de una persona le parecía muy mal.

—Cuando queráis, nos vamos —dijo José.

—Bueno; vámonos.

Al salir a cubierta vieron al ruso. Era alto, rubio, con las mejillas hundidas, muy serio y muy triste. Parecía persona distinguida. Hablaba castellano despacio, pero con bastante corrección.

—Este hombre tiene aire de ser algo —dijo Pepita.

—Sí; es verdad.

El ruso los miró con sus ojos claros, vacíos de expresión, y al ir a salir al muelle por una pasarela de tablas dio la mano a Pepita y a Soledad con un gesto de galantería y de nobleza.

Las dos hermanas bajaron de nuevo a la lancha y vieron sobre la borda del barco la silueta melancólica del ruso.

El destino es duro. Somos tantos los hombres y tantas las mujeres que pasamos distraídamente los unos al lado de los otros, que cuando un hombre se fija y piensa en una mujer, y una mujer en un hombre, parece que debía haber ya entre ellos un lazo de unión. Y, sin embargo, yo he vivido mi vida pensando en ella —dice Joe—, días y noches largas y tristes, y no hay entre ella y yo nada exterior que nos una. Y así, quizá, marcharemos siempre separados, lo que no impedirá que yo, al oír su voz, y ella, al oír la mía, digamos de común acuerdo: «Habíamos nacido para entendernos, si no en la tierra, en el infinito». Pero el destino es duro para los hombres.

«El destino», *Croquis sentimentales*

Una noche fueron a cenar a un restaurante de Hoogstraat. Después de cenar volvieron al hotel y pasaron por la calle de Schiedamschedyk, con sus cafés y tabernas llenas de muestras, faroles iluminados y banderas de todos los colores, de donde salían sonidos gangosos de gramófonos.

Pepita tenía curiosidad por entrar en una de aquellas cervecerías y de ver la gente; José la llevó a una de ellas.

Sin fijarse habían entrado en el mismo sitio donde otra vez encontró al padre de Nelly. Este recuerdo le entristeció profundamente...

La luz eléctrica, fuerte, daba tonos azules y verdes a las caras de las mujeres, que mostraban sus ojos sombreados y sus labios rojos como una herida ante la lluvia de la luz artificial.

Algunas mujeres entraban y salían de las cervecerías, muy ataviadas y rizadas, y sonreían y hacían guiños a los transeúntes.

Dejaron Larrañaga y Pepita el café y se pasearon por la calle.

Había cervecerías y bares de color rosa y de color azul, con marinos bebedores y muchachas que entraban y salían.

—Esto no tiene el aire siniestro de los rincones del barrio del vicio de Ámsterdam —dijo Larrañaga.

—No; aquello parecía más triste.

Al día siguiente, domingo, pasearon Pepita y Larrañaga por un barrio pobre en donde se celebraba una *kermesse*.

Las *kermesses*, antiguamente inmortalizadas por Van Ostade, Rubens y Teniers, han degenerado en Holanda y en Bélgica hasta un extremo extraño. La alegría brutal, popular, vertiginosa se ha convertido en alegría correcta, vulgar y sin carácter.

Estaban las calles adornadas con cintas y farolillos de papel; en los rincones tocaban los organillos, organillos grandes, construidos en Amberes, que llevaban de un lado a otro dos hombres.

Algunos de estos callejones, adornados e iluminados, recordaban las callejuelas, en días de verbena, de los barrios bajos, de Madrid.

Entre las chicas de la ciudad, elegantes y coquetas, había algunas aldeanas con cofias, con trajes típicos de comarcas próximas.

Se destacaban viejas gordas, chatas, con aire de ballenato, bastante desagradables, y abundaba también un tipo de mujer alemana corpulenta, sin ninguna distinción.

Las banderas flotantes, los farolillos de papel, las músicas, los acordeones, todo ello daba a la fiesta mucha animación.

—Vamos a beber un poco, y luego, a bailar —dijo Pepita.

—¿Qué quieres beber?

—A mí me gustan las cosas dulces: el curasao, el benedictino, el Marie Brizard.

—Aquí suele haber de todo.

Entraron en un bar; Pepita tomó unos pasteles, bebió una o dos copas, y Larrañaga, a quien no le gustaba el dulce y recordaba su época de marino, bebió *whisky*.

Luego bailaron.

—Bailas muy mal —decía ella.

—Sí, y ya no es hora de aprender —decía él—. ¡Qué se va a hacer! Soy un hombre pesado.

—Pero tienes las manos ligeras.

—¡Qué quieres! Cambio de conducta. El otro día, en Ámsterdam, te reías de mi honestidad porque te besaba las uñas.

—Pero hay grados.

—¿Y yo los he pasado?

—No, hombre, no; todo lo contrario.

Y Pepita se echó a reír.

PARTIDA JUGADA

El joven viajero inglés ha visto a los salvajes construir trampas para los espíritus y dejarlas flotando en las aguas de los ríos, con el cebo de tortas de maíz o de un líquido dulce fermentado.

Ha visto después a los hombres disputarse estas trampas con el supuesto espíritu preso y llevarlas al templo.

«Así pasa en la vida y en el amor —ha pensado Joe—; también entre los civilizados, hombres y mujeres, se ponen trampas para cazar sus respectivos espíritus con un cebo más ilusorio que las tortas de maíz o el líquido fermentado, y cuando creen tener aprisionado ese espíritu, que casi nunca existe, riñen por llevarlo al templo y darle culto.»

«Las trampas de los espíritus», *Las sorpresas de Joe*

Era una partida que jugaban los dos, y en la cual ninguno de los dos se engañaba.

La fatalidad los había unido, después de tenerlos separados tanto tiempo.

En un hombre como José se comprendía que no insistiera mucho en avanzar; en cambio, una mujer apasionada, como Pepita, no era fácil que quedara en un término medio, hipócrita y prudente.

Seguramente, de vivir su hija, hubiese tenido bastante con ella —pensaba Pepita—; pero su soledad y su abandono la impulsaban a resoluciones violentas.

Su marido rompía tranquilamente su unión y, a pesar de que ella ya no le quería, de que le despreciaba, sentía un movimiento de rabia y de despecho al verse olvidada.

Él se había aprovechado de todo: del prestigio y del dinero de su familia y de su casa; de tener una mujer bonita, inteligente y que hacía siempre buen papel en sociedad, y por lucirse delante de una mujer como la holandesa, corrida, la abandonaba.

Ella le había aconsejado y dado personalidad entre su familia, y aun entre los socios de su padre, y a la primera ocasión la dejaba sin preocupación alguna, sin el menor entusiasmo, más que nada, por echárselas de grande y de conquistador, por pura vanidad.

El día que José oyó a Pepita explicarse así, le preguntó:

—¿Así que estás dispuesta a tomar venganza?

—Sí.

—Pues, chica, contra un marido no creo yo que haya para su mujer más que una clase de venganza.

—La tomaré. La que sea.

Veía a su marido tan egoísta, tan bajamente egoísta, tan pequeño, tan mezquino, tan satisfecho de sí mismo, que le indignaba.

—Mi marido se las echa de generoso, de hombre para quien el dinero no cuenta; pero es una farsa suya; le conozco bien, y sé que cada billete que sale de su cartera le

da un gran dolor de tripas.

Pepita estaba indignada, exaltada.

—¿Qué piensa? ¿Que yo me voy a resignar? No, de ninguna manera. Si hubiera tenido la niña, me hubiera resignado. Así, sola, no.

Fernando, con una petulancia ridícula, daba a entender, sonriendo con seguridad, que su mujer no se enteraba y que, al enterarse de sus infidelidades, se dedicaría a la Iglesia.

El elogio que su marido había hecho varias veces de ella ante los Van Leer en ese sentido irritaba profundamente a Pepita.

Sin embargo, si la conducta de Fernando podía extrañarle, indudablemente no debía sorprenderle su manera de ser y de pensar.

Le conocía tan bien, tan a fondo, sabía tan profundamente su modo de sentir y de obrar, que cuanto veía en él no podía ser nuevo para ella.

Desde hacía tiempo no tenía estimación profunda por su marido. Antes le quería y hasta le defendía, como una cosa propia, pero nada más. En cambio, a José le estimaba, pero le consideraba como un extraño.

La ruptura con su marido la excitó y la irritó profundamente, dándole la idea de venganza.

Fue para Pepita como cortar un nervio que los unía; algo que producía, desde hacía tiempo, más dolor que satisfacción; pero que, sin embargo, a lo cual estaba ya ella habituada.

Este camino del amor místico, platónico, es un camino misterioso. Lleva como guía una extraña luz. Para las personas que lo recorren, la realidad, las pruebas, todo lo que a los otros convence, no tiene existencia. Esos alucinados del amor encuentran otras razones más altas, otros motivos más nobles de obrar que los demás.

«Amores místicos», *Croquis sentimentales*

El barco bilbaíno había marchado de Rotterdam a Hamburgo y volvía poco después.

Larrañaga fue a visitarlo; era su obligación. Soledad y Pepita no tenían ninguna gana de volver al barco y se quedaron en casa.

—¿Y el ruso? —preguntó Larrañaga al capitán.

—Le voy a echar.

—¿Por qué?

—Es un tipo raro y ridículo.

—¿Qué hace?

—Es un hombre que no se entiende con nosotros.

—¿Por qué?

—La gente no tiene simpatía por él. ¿Qué quiere usted? En un barco hay que vivir unidos.

—Pero ¿ha hecho algo?

—No; no ha hecho nada, pero no encaja aquí; no tiene simpatías en la tripulación. No habla; concluye sus trabajos, se va a un rincón, abre un libro y se pone a leer. Hace también retratos a los marineros.

—Pero con todo eso no perjudica a nadie.

—Es cierto, pero no le quieren. No necesitamos curas protestantes. Aquí hay que seguir las costumbres de a bordo.

—¡Ah!, claro es.

Al día siguiente, antes de partir, Larrañaga vio que el capitán llamaba al ruso y le despachaba secamente.

—No me conviene que esté usted en mi barco.

—Está bien.

El ruso escuchó con la atención de un subordinado, sin hacer la menor objeción.

Cuando Larrañaga se preparaba a tomar la lancha vio al ruso que iba a salir; llevaba una caja de cartón en la mano y una capa impermeable sobre los hombros. Con su aire distraído y triste se veía que estaba indeciso.

—Puede usted venir conmigo —le dijo Larrañaga.

—Muy bien, señor, muchas gracias.

Era el ruso alto, flaco, atezado, con el pelo rubio, los ojos azules, grises, delgado,

esbelto, con la cara tostada por el sol y el aire, la expresión, distraída y cansada, y varias cicatrices en la mejilla y en la frente. Al parecer era muy tímido. Tenía unas manos huesudas y fuertes, y en una de ellas le faltaba un dedo.

Fueron en la lancha Larrañaga y él sin hablarse.

—Siento lo que le ha pasado —le dijo Larrañaga—. Ya sé que el capitán no tenía ningún motivo para despedirle.

—El capitán es hombre apasionado; no me tenía simpatía.

—¿Qué va usted a hacer?

—Ya veré.

—¿Conoce usted Rotterdam?

—Sí, un poco.

—Si necesita usted algún informe en Rotterdam, yo se lo daré. La oficina nuestra, de la compañía, está en Willemskade.

Al llegar al muelle, el ruso se marchó con su caja en la mano, y Larrañaga se fue a su casa.

Dos días después, el empleado don Cosme le dijo a su jefe:

—Ha estado aquí uno que ha sido mayordomo de uno de nuestros barcos.

—¡Ah!, sí. ¿Será un ruso?

—Creo que sí.

—¿Qué quería?

—Ha preguntado si había aquí consulado de Livonia. Lo hemos mirado en la guía y lo hemos encontrado.

—¿De dónde es ese hombre?

—Es de Riga.

—¿Se va a quedar aquí?

—Sí, se va a quedar unos días. Yo le he cedido un gabinete en mi casa.

—Ha hecho usted una tontería. A ver si no le paga.

—¡Bah!, ya pagará.

—No sé para qué se mete usted a hacer favores a gente desconocida. Así le resulta a usted todo.

—Este señor no piensa estar más que unos pocos días. Ha escrito una carta a su familia y esperará hasta que venga la contestación.

—¿Tiene dinero?

—No; creo que no.

—¿Y con qué piensa vivir entre tanto?

—No sabe. Verá al cónsul de su país. Quisiera hacer también algún retrato.

—¿Y usted se ha comprometido a darle de comer?

—Hoy ha comido en casa porque yo le he invitado, pero no quería aceptar; me ha dicho que, teniendo cuarto, no se preocupa de la comida; que con un poco de pan y de té se puede vivir.

A Larrañaga no le hacían gracia estas protecciones de su empleado. ¿A qué se

metía este hombre a hacer de Providencia? Un pobre diablo sin un cuarto se permitía el lujo de favorecer a los demás. Era ridículo.

Don Cosme trajo en los días siguientes noticias de su huésped. Había sido oficial aviador en el ejército ruso; entonces se llamaba Nicolás Barssof; pero al desarrollarse en su país y en su familia la tendencia germánica y antirrusa aceptó su segundo nombre y su segundo apellido, y se llamaba oficialmente Niel Niessen.

Larrañaga tuvo después más noticias de Niel. Al parecer consiguió hacer dos o tres retratos, con lo cual sacó algunos pocos florines, que entregó inmediatamente a don Cosme.

«¿Ve usted cómo no me he equivocado? —dijo don Cosme a Larrañaga—. Niel Niessen es un alma de Dios.»

Don Cosme habló a Pepita y a Soledad de la habilidad de Niel para hacer retratos; fueron las dos a casa de don Cosme y hablaron con el ruso.

Larrañaga fue también a verle. Niessen no se daba cuenta clara del medio social; tenía una cortesía un tanto exagerada; saludaba inclinándose a las criadas. Larrañaga pensó que debía de estar algo trastornado.

José sospechó si el tal Niessen sería un granuja; tenía una cara inexpresiva y distraída. Supuso si fingiría, si exageraría su aire inocente y absorto; pero luego pensó si sería un medio santo.

«Indudablemente, no puede desenvolverse entre los demás Es un inocente.»

Soledad había notado, con la adivinación femenina, que Niel no era un holgazán ni un granuja, sino un hombre de corazón, cuya vida agitada le había trastornado.

El ruso dijo que tenía que esperar a su hermano.

Hablaba Niel con gran resignación.

Don Cosme convenció a las dos hermanas para que permitieran que Niel les hiciera un retrato.

Como Larrañaga dijo que él había pintado algunos cuadritos por afición, el ruso quiso verlos y fue a su casa.

—¿Quién ha hecho este retrato? —preguntó, señalando el de Nelly, colocado encima de la chimenea.

—Lo he hecho yo. Qué, ¿está bien?

—Sí, muy inspirado. Hay mucha fibra, mucho color.

Cuando Niel comenzó a pintar los retratos de Pepita y Soledad, Larrañaga asistió a las sesiones.

—Bien, muy bien —le dijo José— Dibuja usted admirablemente. Si yo tuviera las condiciones de usted, sería un buen pintor.

—Si yo tuviera las de usted, lo sería también —contestó Niessen.

—Yo no tengo nada, querido amigo —contestó Larrañaga.

—Sí, sí; usted tiene mucho fuego, y lo que yo pinto es siempre frío.

Niel hablaba poco de su vida. Pepita quiso que le contara sus impresiones de su época de aviador, pero él se explicaba confusamente; no sabía contar nada con

amenidad y atractivo.

—En Egipto, un inglés nos quiso contratar a otros dos rusos y a mí como aviadores para explorar el monte Everest. Aceptamos, pero luego no se presentó.

—No vuelva usted a ser aviador —le dijo Soledad.

—No, no; no lo seré.

Por otro compatriota se supo que Niel había sido uno de los aviadores más audaces del ejército ruso y que durante dos años había volado casi constantemente.

—Es raro que este hombre fuera antes tan atrevido —dijo Pepita a Larrañaga.

—Sí —contestó José—. Se ve que es decidido para las cosas grandes y tímido y torpe para las pequeñas.

—Lo contrario de la mayoría de la gente.

—Sobre todo de la gente meridional.

—Sí, es cierto —repuso Pepita—. Si mi marido hubiera volado como él durante la guerra, ¡qué de cosas no contaría! Seguramente hubiera sido él el que había dirigido la guerra y hecho todas las hazañas.

—¡Ah, claro! Pero no sé por qué protestas, porque a la mayoría de las mujeres os gusta eso. Un militar, para vosotras, no es un hombre atrevido y valiente, sino un fanfarrón que viste bien y tiene buena figura y le cae bien el uniforme. Que haya hecho grandes hazañas o que no haya hecho más heroicidad en su vida que comer con apetito las patatas del rancho, para vosotras es igual.

—¡Qué rabia! —exclamó Pepita, riendo—. ¡Con qué gusto morderías a todas las mujeres guapas que no se ocupan de José Larrañaga!

—Sí; empezando por mi prima.

—¡Hombre, no te quejes! Yo me ocupo de ti.

Cuando Niel concluyó el retrato de Pepita, esta quiso pagarle; pero el ruso no aceptó. Tenía bastante para vivir, porque su hermano le había mandado dinero. Niel quiso volver a hacer otra vez el retrato de Soledad.

—Yo creo que este hombre está enamorado de Soledad —dijo Pepita a Larrañaga.

—Sí, y a ella me parece que el ruso le gusta.

—No creo que sienta más que compasión por él.

—Pero ¿se puede pasar de la compasión al amor? Yo no lo sé.

—Yo, tampoco. De todas maneras, no convendría que mi hermana se entusiasmara demasiado.

Soledad y Niel hablaban largamente.

—Parece que tu hermana y el ruso se abrazan místicamente en la luna —decía Larrañaga.

—Son como dos niños.

—Soledad es misteriosa no sólo para los demás, sino para sí misma —indicó José.

—A ella no le gusta que se lo digan.

—Claro, no comprende la impresión que produce. Si el ciprés pudiera hablar,

diría: «¿Por qué me encuentran a mí triste?». Probablemente, la rosa, si pudiera también hablar, se asombraría de que la encontraran exuberante.

—Yo no sé si mi hermana se olvidará de este hombre; me temo que no.

Pepita se quedaba asombrada de las conversaciones de Soledad y del ruso; hablaban de mil cosas lejanas sin malicia, sin petulancia. No se referían nunca a cosas de amor ni a nada que tuviese relación con él.

El ruso, que había pasado en la vida muchas miserias, se manifestaba muy resignado.

Esta resignación de Niel era poco agradable para Pepita. Le parecía más lógica la cólera de José contra todo porque no le habían salido las cosas de la vida lo bien que él hubiera deseado.

Niel estudiaba el retrato que pintaba y a su modelo con atención concentrada. Soledad sonreía.

—No comprendo a mi hermana —dijo una vez Pepita—. Ha tenido como pretendiente aquel marino americano que encontramos en París tan guapo y no le ha hecho caso, y ahora, con este ruso viejo, pobre y zarrapastroso está entusiasmada.

—Es que no tiene tu sensualidad. A pesar de tu inteligencia, creo que tú eres como una ternera. Ves el becerro guapo y te conmueves.

—¡Muchas gracias!

—Tu hermana, no. Es mística, siente amor por los pobres, por los desgraciados.

Una vez, Pepita oyó que decía Soledad, dirigiéndose a Niel: «He soñado que iba a Rusia, donde usted me esperaba, y en la estación, en medio de la nieve, había, en vez de usted, una mujer de negro».

Con este motivo charlaron largo rato de Rusia, de los sueños, de mil cosas.

Además del retrato, bastante grande, que pintó Niel de Soledad, hizo una copia pequeña de verdadera perfección. Como dibujo y parecido era admirable, pero tenía aspecto de miniatura.

José estaba intranquilo con el aire que iban tomando los amores de Soledad.

«La antipatía que me tiene mi tío, el padre de Pepita, se va a acrecentar —pensó Larrañaga— cuando sepa que en Rotterdam, y por mi mediación, su hija ha entrado en relaciones con este ruso pobre y absurdo. El don Cosme es una calamidad. Ya lo es el hombre sin carácter, pero cuando a un hombre sin carácter se le añade el ser bueno, entonces es doblemente calamitoso. Es el destino el que une a estas gentes. Soledad, que es la simplicidad completa sin la menor malicia; Niel, que es un místico, y los dos protegidos en sus amores por este bobo de don Cosme, que es también angelical, ¡Qué cantidad de tonterías van a hacer los tres si los dejan! Veremos a ver si entre Pepita y yo desbaratamos sus planes. ¿Podremos? Además, ¿será prudente hacerlo? Claro que derecho no tenemos ninguno, pero eso es lo de menos.»

Después de pensar largo tiempo en esto, Larrañaga se dijo: «También resulta absurdo que yo, que estoy entusiasmado con Pepita, que está casada, me lance a poner obstáculos a los amores de un hombre, rico o pobre, pero completamente libre,

con una mujer soltera».

Después de reflexionar mucho, José dijo a Pepita:

—Creo que lo mejor es que en esta amistad de tu hermana y del ruso no hagamos nada. Dejémoslos; quizá sobrevenga alguna eventualidad que desbarate sus amores. Ese desdichado de don Cosme ha ido a proteger a uno de su cuerda. Es la casualidad que une a estos tipos.

—Parece como si Dios los hubiera reunido —dijo Pepita—. ¿Tú no les has oído hablar a los tres? Tienen la sencillez y la malicia de los santos. Luego, ese don Cosme es como un niño. ¡Qué risas! ¡Qué carcajadas! ¡Qué entusiasmo! Se dice que todos los santos son alegres.

—Don Cosme es así. Es el hombre que no se da cuenta de nada, no se entera. Si alguien le empuja en la calle o en un tranvía, piensa: «Este pobre hombre ha tropezado». Si alguno le quita el maletín supondrá que no es para robarle, sino para evitarle así el llevar un peso molesto. No le cabe en la cabeza la sospecha de la maldad de la gente.

—Yo hablaré a Soledad e intentaré darle alguna suspicacia acerca de ese ruso, pero me temo que sea trabajo inútil —dijo Pepita.

—¡Ah!, claro. Ella siente ya esa confianza ciega que produce el cariño.

TERCERA PARTE

TRISTANISMO

I

CONTRADICCIONES

Los saturnianos, dice un antiguo Lunario, son cogitabundos, holgazanes, de grandes conocimientos, inconstantes, tristes, melancólicos, pérfidos y sutiles. Aman la soledad, los trajes negros; aborrecen las fiestas, los bullicios, regocijos y contentos; enójense de poco y el enojo les dura mucho. Son inclinados a letras y cosas de estudio, especialmente a la filosofía.

«Pronósticos», *Las sorpresas de Joe*

Los amores de Soledad y del ruso sirvieron quizá para aclarar los sentimientos mutuos de Larrañaga por Pepita y de Pepita por su primo.

Iban los dos de prisa hacia el amor, como barcos que van a la deriva llevados por una corriente profunda.

Pepita siempre pensaba que si hubiera vivido su hija su espíritu no hubiese tomado dirección tan violenta.

Respecto a Larrañaga, permanecía casi constantemente en un estado de confusión y de perplejidad. Su tendencia a la divagación y al desvarío se iba aumentando por momentos y se pasaba las horas, cuando estaba solo, mirando a un rincón y pensando vagamente en las cosas.

A pesar de su instinto de sensualidad comprimido, que le impulsaba al amor, cuando reflexionaba fríamente no quería más que acabar aquella situación de una manera digna y que no le pudiera avergonzar en el porvenir.

Su desconfianza y su razón le impulsaban a cortar pronto sus amores; su sentimiento le arrastraba a seguir hasta el desenlace.

Él era hostil a toda actitud falsa e hipócrita. No podía marchar entre convenciones. Por otra parte, su imaginación galopaba y veía siempre el final.

Su espíritu no sabía moverse en un ambiente tan estrecho. No era capaz de resistir, ni de dejarse arrastrar. No llegaba a tener un momento de abandono, y esta vigilancia de sí mismo, este espionaje de sus instintos e inclinaciones, le fatigaba.

«Es fácil decir: “Vamos adelante” —se decía a sí mismo, pero ¿adónde? ¿Qué medios tiene uno para salir airoso de una situación como la que se presenta?»

Puestas las cosas así, no podían durar mucho; o tenía que venir un rompimiento o había que ir hasta el fin.

«Esta canción de los amores tardíos es una triste canción —murmuraba Larrañaga—. Este sentido crítico excesivo mana del calor del alma. Parece que se va a encontrar a tiempo la palabra necesaria y la expresión adecuada; pero la palabra no viene o se desconfía de ella, y la expresión, ante la desconfianza, se hiela. Es uno como el gimnasta viejo que duda de que podrá dar un buen salto. Hay, indudablemente, la posibilidad de la ficción; pero es una posibilidad ilusoria, porque dentro de la esfera de lo apasionado, la mentira se reconoce en seguida, como una

moneda falsa.»

Uno de los recursos de Larrañaga y Pepita era recordar. Hundidos en el recuerdo, encontraban lo que pensando en el presente no podían hallar.

Larrañaga se lamentaba de que muchas veces el azar pone cerca, en los linderos de la vejez, lo que no ha puesto en la juventud. Y entonces se intenta realizar, sin brío y conscientemente, lo que en la juventud se hubiera hecho con fuerza y en plena inconsciencia.

«Ser actor sin condiciones o renunciar a la acción, esta es la alternativa —pensaba José—; cualquiera de las dos cosas por la que me decida dejará amargura y arrepentimiento. Vivir y poder contar su vida a un chico —añadía después—, sin avergonzarle a él ni avergonzarse a sí mismo. Esa sería una buena prueba de haber pasado por el mundo con limpieza.»

Desde el punto de vista del destino, hay dos clases de hombres: los unos siguen el rumbo trazado por los padres, la familia, el ambiente; los otros tratan de cambiar su destino. Los unos toman la carretera ancha; los otros, el sendero difícil y tortuoso.

Los primeros, vulgares y oscuros, no se distinguen; los otros, si aciertan, pasan por ilustres; pero si yerran son ridículos, porque, después de su fracaso, tienen que marchar con los demás y en montón por la carretera.

Con las vacilaciones de Larrañaga contrastaba la audacia de Pepita. Ella tenía osadía, fuego, y se dejaba llevar por su imprudencia; quizá sentía el atractivo del peligro.

Larrañaga hacía tiempo espía a Pepita, la analizaba constantemente.

Pepita no era un hada, ni mucho menos; no tenía el temperamento tranquilo y flemático de Soledad. Su sangre no corría lentamente, sino atropellada y bulliciosa.

Como decía algunas veces Larrañaga, dando a sus palabras un aire de explicación zoológica, ella debía estar incluida, espiritual y materialmente, entre los animales de sangre roja y caliente, con el corazón con cuatro cavidades, como los comprendidos en el primer grupo de la clasificación de Linneo.

No era fácil que, con su temperamento y su salud, se manifestase como mujer fría y tranquila.

Pepita reflexionaba también; pero sus reflexiones servían para darle mayor decisión en sus propósitos.

Su marido se aprovechaba de todo el trabajo y del éxito de su padre; si el señor Larrañaga trabajó con persistencia y audacia, si expuso algunas veces su fortuna y su salud, fue para que Fernando disfrutase de este trabajo sin esfuerzo alguno; en cambio, José se encontraba con su oficina y con aquellos dos cuartos de la calle del Pelicano para vivir oscuramente.

Estas consideraciones sobre la injusticia de la vida legitimaban su actitud y su resolución. Su sentimiento de venganza iba pasando de su alma a sus nervios, de su inteligencia a la inconsciencia.

A veces Pepita hubiera querido llegar a una ruptura violenta con su marido y divorciarse o retirarse pasajeramente a un convento; pero esto en la práctica era más difícil que en la teoría.

Pepita no estaba siempre decidida. A pesar de haber creído que podría obrar en todos los momentos con frialdad y con prudencia, se encontraba en un instante de confusión.

Pepita no tenía ningún romanticismo literario; no creía que los hombres ni las mujeres corrientes fuesen capaces de amores puros y platónicos. Su idea del amor era sensual y materialista.

Ella sospechaba que las grandes pasiones estaban un poco inventadas por los escritores para entretenimiento del público. Pensaba que un hombre joven, fuerte, guapo, servía de marido como otro cualquiera.

Muchas veces había dicho que ese matrimonio a la francesa, hecho por notario, tenía que dar tan buenos resultados como los matrimonios por amor, o quizá mejores.

Por otra parte, la rabia contra su marido no era tan grande; su estado moral no era grave; sin embargo, el aura erótica la arrastraba, la turbaba, y a ella misma le extrañaba el trastorno de su espíritu y el desfallecimiento de su voluntad.

Respecto a Larrañaga, indudablemente, no le quería con pasión. Era viejo, inteligente, simpático y desgraciado; pero nada más.

¿Por qué se empeñaba en tomar en trágico este asunto, que en el fondo no tenía gran importancia? No lo comprendía. ¿Por qué su voluntad se deshacía? No podía explicárselo.

Ella suponía que él sí la quería, pero que no se atrevía a dar el salto definitivo.

Pepita, a veces, sentía celos de aquella pequeña Nelly, que durante algún tiempo fue el hada bienhechora de su primo.

Así como los amores con la Margot la habían hecho reír al oírseles contar a José, esta amistad romántica con la niña enferma le producía cierta envidia.

Ya veía que José no mentía. Quizá era su primo de los pocos capaces de experimentar uno de esos entusiasmos puros de un alma exaltada. Y, a pesar de su sentido práctico y de su sensualidad, envidiaba el idilio casto del hombre oscuro, ya un poco viejo, y de la niña enferma, para quienes el cuarto pequeño de la calle del Pelicano era un mundo venturoso.

Larrañaga había conocido el amor divino y el amor humano. Ella sería en la vida de José el amor íntegro: divino y humano, un poco Jerusalén y otro poco Babilonia.

Se acordaba de las palabras que había dicho José a la duquesa en Basilea, explicando cómo él, ya viejo, insignificante y pobre, si se encontrara con una mujer

brillante que le dijera: «Le sigo a usted, me entrego a usted», temblaría, porque esta supuesta posesión sería para él más bien una esclavitud.

A su simpatía por Larrañaga se agregaba la compasión por saber que estaba solo y sin ilusión ninguna.

Le veía a veces como en caricatura, y esto la hacía reír; pero bastaba que intentara hundir su figura en el polvo para que con más fuerza se levantara.

Cuantas menos condiciones le concedía, cuanto más viejo le miraba, más decaído y poco brillante, más compasión sentía por él y estaba más inclinada a quererle.

Si hubiera tenido Larrañaga un momento de gran suerte, quizá entonces le hubiese olvidado con más facilidad.

«¡Cómo he cambiado yo! —pensaba Pepita—. Nunca he tenido estas ideas. Siempre he mirado con simpatía al vencedor, y ahora... No sé si es por oírle hablar a él y a Soledad o por qué. El caso es que he cambiado.»

Era rara en ella una tendencia así a la piedad, porque este sentimiento se hallaba en contradicción con sus pensamientos habituales.

En su espíritu se había abierto la idea de que, si no surgía algún acontecimiento inesperado, acabaría entregándose a su primo.

Larrañaga comprendía que Pepita le conocía bien, que lo juzgaba con claridad. Esta claridad habitual en los juicios de Pepita le hacía decir a José:

—Si sigues así, cuando seas vieja vas a derivar al cinismo.

—Pues ¿por qué?

—De la verdad al cinismo no hay más que un paso. No cultivas la mentira, la hipocresía, con *amore*.

—¿Y tú la cultivas?

—Yo, no. Pero yo, ¿para qué la voy a cultivar? Yo no soy un hombre social. No tengo nada que defender ante el mundo. Únicamente, de engañar a alguien, me gustaría engañarte a ti, presentándome como algo más importante y trascendental de lo que soy, y no lo podría conseguir.

—¿Por qué?

—Primero, porque soy un mal cómico, y luego, porque tú me conoces demasiado bien.

—No tan bien, no creas.

—¡Bah! Tú me conoces tan bien como me conozco yo.

—No te hagas ilusiones; tú tampoco te conoces. Para mí eres más gracioso cuando no crees que lo eres.

—La mayoría de las personas no saben cuándo tienen gracia e interés.

—Es lo que te pasa a ti. Muchas cosas tuyas, de que tú abominas, son las mejores y las más graciosas de tu carácter.

—¿Desde tu punto de vista?

—Claro.

SITUACIÓN ESPIRITUAL

Cuando la inclinación de un hombre por una mujer, y viceversa, se consolida, se forma el paralelogramo de las fuerzas. Las energías de uno y otro se van acusando, y la diagonal es la representación de la conjunción o del amor.

«Paralelogramo de las fuerzas», *Las sorpresas de Joe*

Tres consideraciones detenían a Pepita: el pecado, el miedo y el orgullo.

A medida que iba apareciendo en su imaginación la idea de querer a su primo, el sentimiento de venganza por su marido desaparecía y no contaba en ella gran cosa.

Su problema comenzaba a ser el aclarar si su simpatía era únicamente un sentimiento pasajero o algo más fuerte y profundo.

La idea del miedo a la opinión cambiaba constantemente en su espíritu: tan pronto la perturbaba, como la echaba a un lado con desdén y se reía de ella.

Unas veces ponía el orgullo en sentirse abandonada y sin tacha; otras, en no hacer caso de la opinión de los demás y en marchar adelante con sus sentimientos, con osadía.

Respecto al pecado, las ideas religiosas suyas no eran muy fuertes ni muy concretas; quedaban seguramente en su alma más en lo inconsciente que en la reflexión.

Al mismo tiempo que subía en ella el sentimiento de piedad y de amor, iba bajando el del desprecio y el de la venganza y el miedo al pecado.

Se justificaba pensando que si llegaba a dar el salto, este sería más por un sentimiento de simpatía y de amor que por pura venganza.

El problema de Pepita era desenvolverse con el máximo de habilidad y de prudencia entre los escollos creados por su situación.

La impulsaban, por un lado, el amor propio herido y el sentimiento de venganza; por otro, la inclinación erótica y la curiosidad por su primo.

Algo muy característico y muy típico de Pepita era que no quería sacrificar nada en sus planes, cosa absurda: vengarse del marido y conservar su reputación, entregarse a su primo y seguir siendo honesta, era imposible; pero, a pesar de esto, ella pretendía encontrar una solución en que todos sus problemas quedaran resueltos.

Pepita creía que llegaría el momento de saltar el muro y pasar al otro lado. Ahora bien: de acuerdo con las pragmáticas de la infidelidad conyugal, deducidas de conversaciones y de la lectura de libros, consideraba necesario, para después de salvado el muro, tener un compañero fuerte, audaz y decidido.

En este sentido, José no realizaba el ideal.

Su primo no era un hombre fuerte; pero sí cambiante, interesante, ameno.

Larrañaga no contaba con gracias naturales ni sociales. No se mostraba amable con los desconocidos ni con las señoras; no se esforzaba en manifestarse ingenioso más que con algunas personas a quien él apreciaba. Empleaba el mínimo de cortesía y de política.

Con relación a Pepita, se manifestaba indeciso, oscilante, como si deseara que sus amores tuviesen fin rápido.

Fuera de verdad que estuviese enfermo del corazón, fuera que su timidez le acobardase, se le veía que no se consideraba con energía y con arrestos para tomar el papel de amante decidido.

Además, la posibilidad de romper con la familia por este motivo, de cambiar de vida, para un hombre tímido y asustadizo, era cosa grave.

Larrañaga no tenía elegancia alguna, ni agilidad, ni viveza. Se veía en él un hombre descuidado, hacía tiempo olvidado de su cuerpo. Se vestía mal, sin gracia, aunque se empezaba a preocupar de la indumentaria.

En su cara se notaba su inteligencia y su melancolía. El pelo, un poco largo, estaba gris en las sienes; la cara, afeitada, le daba aire de cura.

José no tenía ninguna de las condiciones necesarias para ser cómplice en una infidelidad conyugal. No podía ser el amante a la alta escuela, ni un *gigolo* alegre y divertido.

Indudablemente, Larrañaga no impulsaba a Pepita a ser infiel; por el contrario, su esfuerzo manifiesto era desviar el despecho de Pepita y darle un tono de crítica acerba y pesimista de la sociedad y de la vida; pero, medio inconscientemente, con sus conversaciones y sus charlas, marchaba hacia el amor.

Pepita ya comprendía que José deseaba y no deseaba la aventura, que le inquietaba y llenaba de ilusión, que se sentía angustiado y esperanzado, y que, en último término, tenía miedo de no hacer un buen papel.

Ella sentía compasión al verle con aquella figura de hombre caído.

Pepita, olvidando toda su cólera contra su marido, sentía como un deseo de indemnizar a José de la desgracia que le causó en la juventud.

Ella iba a ceder por compasión, por dar también algo de ilusión a aquel pobre a quien quizá hubiera querido apasionadamente si la suerte lo hubiera arreglado de otro modo.

Aquel espíritu vagabundo de José, sus eternas fantasías y comentarios, ¿valían algo? ¿Era su primo algo más que un chiflado, que un *chocholo*?

Su padre le desdeñaba y le tenía por loco, por un divagador; quizá bueno para soñar o para fantasear.

Su marido había intentado burlarse de él y pintarle como tipo ridículo; pero ella comenzaba ahora a ver claro.

Comprendía que había un fondo de verdad en el descontento y en la rebeldía de José; que no era todo una fantasía caprichosa, y que quizá en la vida, como él

aseguraba, obtenía siempre el triunfo lo mediocre, lo insincero, lo bajo, sobre lo sincero, lo bueno y lo original.

De manifestarse su primo atrevido y donjuanesco, quizá ella hubiera reaccionado; pero la humildad de José y el ver que en él latía el deseo de salir pronto de aquella situación difícil, la interesaba.

También si él hubiese prometido algo a Pepita, le hubiera entrado la desconfianza; ella sospechaba que todas las promesas, o casi todas, eran falsas; pero José no prometía nada; al revés, desconfiaba, y esta desconfianza incitaba a su prima.

A cada paso Pepita pensaba que se iba a romper el encanto y que la situación creada por ellos iba a resolverse sin consecuencias, lo que a veces la alegraba, pero otras la entristecía.

Larrañaga se sentía torpe para la maniobra y tenía demasiada desconfianza, orgullo y espíritu crítico. No era un piloto hábil para afrontar la tormenta que se avecinaba.

Podía decir que no había sido nunca más que marino de agua dulce, marino de andar en puertos.

Era el *clown* viejo a quien le ha entrado la desconfianza y tiene miedo de dar saltos mortales.

Ella, en cambio, como los pájaros marinos de alas poderosas, se sentía capaz de marchar con seguridad por encima de las olas y las espumas. Él dudaba de poder seguirla.

Era una partida que se jugaba con las cartas sobre la mesa; ya no había nada de oscuridades.

«Cuanto antes, mejor», se decía Larrañaga.

Él estaba fuera de sí, era como la leña seca que arde; ella, dispuesta a sacarle de sus casillas. No le iba a valer su manta aisladora.

—¿Qué harías tú —le dijo una vez— si ahora fuera yo la que estuviera enamorada de ti?

Larrañaga, muy azorado, dijo para disimular:

—Eso no puede ser verdad; es una broma. Yo soy viejo, cansado; un pobre hombre humilde.

—Lo de viejo no es verdad. Cansado, es posible que lo estés, porque no tienes ninguna esperanza. Ahora, de humilde no tienes nada. Dentro de tu humildad, eres soberbio como un demonio.

—Sí, es probable que los dos seamos soberbios; pero tú eres una mujer déspota y exigente, y yo, no.

—Lo peor es que tú sigues entusiasmado conmigo, y yo empiezo también a estarlo de ti.

—Es preferible no hablar de estas cosas —dijo Larrañaga—; yo no sé tomarlas en broma; por lo menos para mi tranquilidad es peligroso.

Pepita se rio de José, porque hasta le daba miedo de hablan de aquello.

Larrañaga encontró en su biblioteca el libro de Stendhal sobre el amor. No lo había leído y leyó algunas páginas.

No le dio ninguna luz acerca de su caso. No vio en el libro más que ingenio y anécdotas.

«Se ve que, como dice el refrán, cada persona es un mundo. Todo es igual en principio, y, sin embargo, hay tal variedad, no sólo en los accidentes, sino en el fondo de las cuestiones, que la experiencia de uno es perfectamente inútil para los demás. Pasa como con los códigos: cuando se hojean, repugna esta prosa tan detallada y tan aburrida. Parece que hay una casuística exagerada y pedantesca. En cambio, cuando se busca el caso concreto, entonces no se encuentra nunca lo que se quiere.»

Larrañaga creía que Pepita, si no quería a su marido, al menos tenía con él una dependencia física, y que su rabia y sus celos la impulsaban a vengarse, sacrificándole a él, coqueteando con una coquetería sin consecuencias.

Pepita afirmó claramente que no. Su marido era un hombre un poco vulgar, vanidoso, a quien nunca llegó a querer de verdad, ni él tampoco a ella.

Naturalmente, una mujer joven encuentra siempre en un hombre también joven y guapo muchos encantos, y puede llegar a creer con facilidad que está enamorada.

Al salir de su casa de Bilbao, al quedar sola y pensar en su vida, se había convencido de muchas cosas.

—¿De qué cosas te has convencido? —preguntó Larrañaga.

—No sé si decírtelo. Es posible que no lo creas o que te dé mucho miedo.

—Mira, tú haz lo que quieras —exclamó Larrañaga—. Decide, pero no juegues conmigo. Ese juego de mujer coqueta me parece una cosa baja con el hombre que se entrega.

—¿Eres tan débil que no puedes soportar ese juego?

—Sí, tú te tienes que convencer de que una mujer guapa, simpática, graciosa, y además casada, es un peligro para un hombre de mi edad, y por añadidura pobre. ¿Qué pasaría si yo llegara a quererte de verdad?

—¡Bah! Ya me quieres.

—El porvenir que se me presente —siguió diciendo Larrañaga, como si no hubiera oído la observación— no va a ser muy halagüeño. Ya que soy viejo, vale más dejarme en paz, que no ilusionarme para dejarme después en un futuro de soledad que me parecerá más triste aún.

Pepita estaba convencida de que era ella la única mujer a quien José había querido de verdad. Por Margot no había sentido más que inclinación física, y por Nelly, únicamente compasión y simpatía paternal.

—En eso tienes razón. Por Margot nunca tuve estimación. A Nelly le quise mucho; pero, como dices tú, de una manera paternal. En cambio, cuando te conocí a ti, estaba yo en plena juventud; naturalmente, en ti se reunía todo el atractivo físico,

el atractivo espiritual y hasta la posición social. Además, hay algo en la juventud que no se puede reemplazar.

—Sí, hay detalles de aquella época que una recuerda como si acabara de pasar —repuso Pepita—: palabras que se dijeron, trajes que una llevaba; se recuerdan los olores... Hay olor de campo o de mar que siempre trae el recuerdo de aquella época a la memoria.

—Sí, sí, es verdad.

—Es que aquello fue lo único, lo verdadero, Joshé. Todo lo de después, para ti y para mí, no han sido más que episodios sin importancia, que en el fondo no han dejado huella profunda en nuestra alma. Aunque tú creas que tu vida actual es una vida seria, yo creo que no lo es. Vives en un pueblo extranjero, rodeado de gentes extrañas, hablando un idioma que no sabes bien. Ahora va a empezar nuestra vida.

—Desgraciadamente, es demasiado tarde para mí. Los amores no creo que tienen sueños tan largos como Epiménides. Perdona la pedantería.

—No sé quién fue Epiménides.

—Epiménides de Creta fue un filósofo. De niño salió al campo a buscar una res, y al encontrar una cueva se echó a dormir. Al salir de ella se encontró viejo. Había dormido más de cincuenta años.

—Pero tu amor no ha dormido —dijo Pepita—, porque siempre has pensado en mí.

—Tú todo lo arreglas a tu gusto.

—Pues ¿a gusto de quién quieres que lo arregle?

Cuando estuvieron en París —dijo Pepita—, ella pensaba mucho en todo lo que José le decía; entonces le conoció, le vio por primera vez tal como era, y no como se lo habían hecho allá, en Bilbao. También se convenció de que ella se enamoraría de él, si es que no lo estaba ya, y que más tarde o más temprano serían los dos felices.

Larrañaga se hallaba cada vez más confundido.

—No te engañes con respecto a mí —decía—; no vayas a sufrir una segunda equivocación.

—Tú no te ocupes de mis equivocaciones —repuso Pepita—. No es que yo crea que tú seas perfecto, ¿para qué vas a serlo?, ni mucho menos; tienes defectos que te hacen gracia y otros que yo creo te los podré quitar.

—Yo soy un hombre raro.

—¿Cómo no vas a ser raro haciendo esta vida de solitario? Te ha dejado en un estado de tristeza la muerte de Nelly. Siempre has sido dado a la misantropía. Aunque hubieses vivido con Nelly, yo creo que hubieras seguido siendo triste.

A Larrañaga le parecía muy mal lo que Pepita decía de Nelly; pero no se atrevía a contradecirla.

Iba sintiendo una loca esperanza que le dominaba poco a poco y le embriagaba.

Era algo como la ventana abierta en el cuarto de un enfermo, una entrada de luz y de aire campesino, un comienzo de tiempo primaveral.

Esta excitación, como de vino generoso, le perturbaba por completo, trastornaba su vida metódica, le daba el vértigo, se le iba la cabeza y tenía miedo de caerse.

Contra esta loca esperanza su sentido crítico le decía que después la desilusión y la soledad serían mayores, que valía más suprimir toda satisfacción, para no tener luego nuevos motivos de sufrimiento.

Pepita no quería pensar en el final triste. Quince días de amores de vida alegre; luego, cualquier cosa. ¿Para qué pensar en el final? El final siempre es lamentable. Es la muerte. Hay que pensar en el principio; el final, sabe Dios cuál será, y si es inevitable, vale más no pensar en él.

—¿Para qué tanta reflexión? —dijo Pepita una vez—. Después de todo, si una tiene una inclinación fuerte, a la larga sigue esta inclinación. ¿Para qué luchar con ella si cree una que la van a vencer? Vale más dejarse llevar.

—Es una filosofía cómoda —replicó riendo Larrañaga.

—¿No te parece bien?

—Muy bien. Tiene el carácter sabio de todas tus cosas.

—¿Te burlas?

—No, no; te admiro.

Larrañaga temía un paraíso demasiado brillante, porque antes de entrar en él veía ya el momento de la expulsión. Él no tenía medios para poder ser independiente y llevarse a Pepita a otra parte y comenzar nueva existencia. Ya sabía lo difícil y lo dura que es la vida para el hombre en un país extranjero, y más si es viejo y tiene escrúpulos morales.

Las observaciones que se le ocurrían no se las decía siempre a Pepita. El instinto le hacía callar, porque su voluntad inconsciente no estaba de acuerdo con sus razonamientos.

La mayoría de las veces no decía con exactitud lo que quería. Aunque se lo propusiera de antemano, su imaginación se desviaba y pasaba de un asunto a otro.

Muchas veces sucede esto. Se dicen frases que no se sienten y parece que tienen algún valor y que son expresivas; luego, si por casualidad se llega a tener el sentimiento y se dice la misma frase, entonces se la encuentra mísera, pobre, y que expresa incompletamente lo que uno quiere.

Ocurría a Larrañaga que no podía poner en claro sus deseos. Ella se entregaba o ella no se entregaba.

Si ella se entregaba, él debía estar a cierta altura. ¿Cuál era esta altura? ¿Qué exigía?

Al final siempre terminaba en pensar que la cuestión económica era la clave de la situación, que sin dinero abundante no se podía hacer nada de un modo gallardo.

Pepita no se preocupaba de hasta dónde llegaba su inclinación. No la analizaba ni le importaba; ya no podía ni quería saber nada. Desde la época que habían pasado

juntos en París, ella le quería; estaba segura de que él estaba enamorado de ella, y con inconsciencia tranquila se dejaba arrastrar; le parecía ir contra todas las leyes de la naturaleza el separarse de él en estas circunstancias.

Sin pensar en la contradicción que esto suponía, hablaba de sus nuevos amores, unas veces, como si pudieran ser eternos; otras, como si no le importara que fuesen pasajeros.

El escándalo posible no le importaba tampoco mucho; la cólera de su padre no la preocupaba; la de su marido, menos; únicamente le molestaría que Soledad tuviera mala opinión de ella, pero Soledad vivía acariciando su sueño místico con el ruso.

De esta manera, Pepita se sentía capaz de todo.

Había sido en ella un trabajo lento y laborioso el arrojar el lastre de moralidad estrecha heredado y el convencerse de la legitimidad de su pasión. Al ir de nuevo examinando, comprobando y repasando todos sus dogmas familiares y sociales, veía que no tenían valor absoluto. En cambio, su amor, si no absoluto, era una fuerte realidad.

Desde que se había cerciorado de que ya no le quedaba ni un resto de cariño por su marido, de que no tenía por él ni estimación ni respeto, se había considerado libre de tener otros amores. ¿En virtud de qué tesis o de qué sistemas?

Pepita, probablemente, no se había tomado el trabajo de formarse una teoría. «¿Para qué?», debía pensar ella. Su instinto le daba una solución hecha. No debía sentir la menor necesidad de examinarla o de contrastarla.

III

LA DIAGONAL

Si es verdad que piensas únicamente en mí —escribe Joe—, ¿por qué preocuparte tanto de tu belleza?

Cuando el tiempo convierta en plata tu cabellera brillante, cuando tu mirada no tenga esplendor, sino una dulzura amable y apagada; cuando tu cuerpo sea marchito y débil y no rotundo y fuerte; cuando tu mano arrugada tiemble un poco y tus labios tengan una sonrisa pálida; cuando seas una viejecita de cuerpo pequeño y ligero como un pájaro, yo te querré como ahora, si no te quiero más que ahora.

«Antisensual», *En voz baja*

Los amores de Soledad y del ruso daban bastante libertad a Larrañaga y a Pepita.

Ambos hablaban constantemente, recordaban, se explicaban, reían.

Los amores de Soledad habían precipitado los suyos. Antes, mientras charlaban en presencia de Soledad, parecía que hablaban expresando sus pensamientos; pero no estando ella delante, era sólo el instinto el que brotaba en sus conversaciones, y muchas veces las palabras suyas no eran más que ecos lejanos, sonidos articulados para disimular la situación respectiva.

Pepita se acicalaba, se cuidaba de tal manera, que a Larrañaga le chocaba y se le antojaba excesiva.

Parecía que tenía miedo de que Larrañaga fuera a despreciarla por un detalle cualquiera olvidado del tocado o de la indumentaria.

Cuando Pepita decía que no daba importancia a las cosas pequeñas, Larrañaga replicaba:

—Te leeré el capítulo del padre Rodríguez en su libro *El ejercicio de perfección*, «Cuánto importa hacer caso de cosas pequeñas y no las menospreciar».

—No me importa nada lo que diga ese señor.

—Pues está bien lo que dice. Esos jesuitas antiguos eran muy inteligentes y, en parte, muy liberales.

La intimidad de Pepita y de Larrañaga iba en aumento. Larrañaga marchaba siempre un poco cobardemente a huir de la responsabilidad.

A veces hablaban él y ella con detalle de mil cosas lejanas, insignificantes, y estaban tan de acuerdo que quedaban sorprendidos.

¡Se entendían tan bien! ¡Hubieran hecho tan buena pareja! Había en ellos como una repartición equitativa de cualidades. ¿Se hubieran entendido de la misma manera de jóvenes? «Quizá no», pensaba Pepita. Ella, por lo menos, hubiera necesitado la experiencia de sus últimos años de casada para comprender lo que había de noble y de bueno en Larrañaga.

Una vez que el diálogo les había excitado a los dos y que Pepita reprochaba a

Larrañaga su frialdad, él la dijo:

—¿Qué quieres que te diga? Que tengo por ti un amor ardiente y puro desde que te conocí y que no te he olvidado, sería ridículo. Si tú me hubieras hecho caso entonces, te hubiera querido siempre, seguramente. Pero ahora soy viejo, tú estás casada. Mira, vete; yo no quiero aprovecharme de tu cólera ni de tu dolor; vete, no puedo respirar. Mi corazón funciona mal.

—¿Por qué tener miedo? —preguntó ella humildemente.

—Yo siempre te he querido, pero quizá eso no tiene valor. Yo no sé si mi inclinación por ti tiene algo de respetable. A veces me parece que es casi santa, y otras que es apetito miserable y mezquino.

—No, no es.

Él entonces la atrajo hacia sí y fue a besarla, pero ella retiró la cabeza rápidamente.

—Déjame, vete —gritó él, levantándose—. La puerta está abierta. ¿Qué quieres de mí? Yo no te obligo a quedarte aquí.

—No me puedo marchar —murmuró ella, quejumbrosa—. Si me quedo aquí, me despreciarás.

—Yo, no.

—Si me voy, ¿me odiarás?

—No, tampoco. ¿Qué idea absurda tienes de mí? ¿Es que hay alguna solución? Yo no veo ninguna. Vete.

—No.

—Creo que lo mejor que puedes hacer es marcharte —murmuró él, con una voz que quería ser tranquila—. Me has trastornado por completo, no puedo pensar. Perdona si he estado brusco. A veces, uno no sabe decir las cosas con serenidad.

Ella salió y bajó a su habitación del hotel. Soledad estaba escribiendo cartas; luego se puso a leer un libro. Después de cenar dijo que tenía sueño y se fue a su cuarto. Pepita anduvo paseando de la derecha a la izquierda, mirando el suelo, contemplándose en los espejos y suspirando.

De pronto, resuelta, se sentó a la mesa y escribió:

Querido Joshé:

Estoy decidida. Decidida contra tus vacilaciones y contra mis intereses. Espérame esta noche, a las doce, en tu cuarto. Ten la puerta abierta. Iré.

Pepita

No hizo más que escribir la carta cuando pensó en romperla. La tuvo un momento abierta y, con decisión, abrió la puerta de su cuarto y subió al de Larrañaga.

Entró en el cuarto. José la miró con sorpresa.

«Te dejo esta carta. Léela», dijo ella, y salió en seguida de la habitación y bajó las escaleras.

Tenía dos o tres horas para decidirse. Estas dos o tres horas las pasó tan pronto acurrucada en el diván como paseando como una fiera en la jaula.

De pronto se decidió.

«Sea lo que Dios quiera», dijo.

Se persignó, subió la escalera y entró en el cuarto de José.

En todas las épocas hay recetas de regeneración y de rejuvenecimiento. Estas aguas de Juvencio andan siempre muy cerca de la mixtificación y del engaño.

Pero si los procedimientos de palingenesia orgánica se desacreditan pronto, no así los mortales. La pasión, en cualquiera de sus formas, tiene algo de nueva vida, de palingenesia real.

Seguramente, todos tenemos actividades dormidas en la conciencia desde las mejores hasta las más venenosas. La pasión despierta esas actividades, esos gérmenes aletargados, y hay una posibilidad de nueva vida.

Pasa lo mismo en la naturaleza. ¿Quién va a decir que vive este tronco viejo y rugoso? ¿Quién va a pensar que se va a volver verde el prado agostado y marchito, ni el matorral ennegrecido y quemado? Y vienen las lluvias de primavera, y luego las brisas tibias de mayo, y todo comienza a brotar; el tronco seco, el prado marchito, el matorral ennegrecido y quemado, y salen las hojas relucientes y las flores pomposas.

En el hombre ocurre probablemente lo mismo. El viejo que muere a los noventa años tiene todavía zonas vírgenes en el cerebro.

Uno se asombra de la riqueza de posibilidades que hay en la naturaleza y en el hombre y de ver lo raro que estas posibilidades fructifiquen en el medio social.

«Palingenesias», *Fantasías de la época*

Al día siguiente, él la estrechó en sus brazos con toda su fuerza.

Luego la vio llorando.

No la quiso preguntar por qué lloraba. Se lo figuraba.

—Si pudiera tomar una resolución radical, no lloraría, pero no la puedo tomar; tendré que vivir allá con mi marido, con mi padre y con mis recuerdos.

—Él tiene la culpa; tú, no.

—¿Quién habla de culpa? Yo tengo la culpa, si es culpa eso. No le quiero, no le querré ya más. Me ha ofendido, me ha indignado, yo le he hecho a él lo que es y me paga así.

«Se había llegado al final», pensó Larrañaga. Le chocó cómo se llega a todo.

—Parecemos conscientes, libres —murmuró después, asombrado—, y las acciones más trascendentales de nuestra vida las ejecutamos en plena inconsciencia, casi como sonámbulos.

La situación que se presentó para Larrañaga desde aquella noche era situación llena de inquietudes. Pensaba en la familia, en la violencia del padre de Pepita. ¿Cómo acabaría aquello?

Larrañaga pensó, desde el primer día, que la vida amorosa a él ya no le cuadraba.

Ella, en cambio, a quien el despertar del primer día, en el cuarto de Larrañaga, encontró llena de lágrimas, se mostró poco después alegre, burlona y decidida. Él estaba aplanado, como sofocado por una dicha inesperada. Se comparaba a sí mismo con una lechuga que ponen al sol.

«Es extraño cómo hay que acostumbrarse antes a todo —pensaba—. Si fuera verdad que hay un cielo, los primeros días de estancia allá serían insoportables.»

Esta mañana erótica, ardiente, después de una noche fría de la Groenlandia, le turbaba y le dejaba ensimismado y confuso.

Ella, en cambio, manifestaba inconsciencia, ligereza y alegría, que aumentaba por momentos.

Estaba en una crisis erótica, en un período de celo. Toda la cólera, el dolor, la tristeza de los meses pasados, se resolvía en torrente de lágrimas, de suspiros, de risas.

Era una tempestad sensual que a ella la tonificaba y a él le desquiciaba, le aniquilaba por completo.

«Soy demasiado viejo ya —pensaba Larrañaga— para una crisis así.»

La mayoría de la gente, y los hombres hipocondríacos, como José, están tan acostumbrados a reaccionar contra la desgracia y la mala suerte, que un momento de fortuna les trastorna y les deja perplejos.

Pepita se mostraba enamorada, apasionada, llena de cambios extraños; tan pronto era la mujer ardiente, como la niña burlona; tan pronto se manifestaba infantil como se sentía maternal con su primo.

Al día siguiente, José notó que Pepita no llevaba el anillo de oro de casada.

Esta manifestación de fetichismo en Pepita produjo a Larrañaga gran sorpresa. Sin duda, Pepita, quitándose aquel signo material de alianza, se creía libre.

«¡Qué cerca estamos de los salvajes!», pensó José.

Pepita se sentía más atrevida que nunca. Charlaba, reía, cantaba en el cuarto de Larrañaga.

Se sentaba en los sillones como un Buda, acurrucada, con las piernas cruzadas, y fumaba y fantaseaba.

Al lado de Pepita, un poco juguete de porcelana blanca y sonrosada, y con el pelo rubio, Soledad, con su palidez y su pelo negro, tenía aire romántico. Era la criatura dulce, amable, un poco linfática, capaz de sacrificarse por cualquier cosa y que iba tomando, a medida que se exaltaba en sus amores con el ruso, color de magnolia y mirada vaga.

La vida que hacían Pepita y Larrañaga era muy divertida. Él no iba a la oficina. Los dos paseaban por el campo, iban en automóvil por la costa y por las orillas del Mosa y del Rin. Comían en cualquier hotel y a veces en alguna posada de aire antiguo y pintoresco y volvían al atardecer, cuando el cielo, en el crepúsculo, se convertía en un mar rojo y dorado, lleno de islas incandescentes.

Él pasaba el brazo por la cintura de Pepita; ella apoyaba la cabeza en el pecho o en el hombro de José, mirando correr, por la ventanilla del auto, los campos verdes, cruzados por canales oscuros y morados; las chimeneas de las fábricas, los molinos

de viento y las gabarras con grandes velas rojas y remendadas, iluminadas por el sol poniente.

Al acercarse a la ciudad contemplaban las filas de reverberos en los muelles, los focos eléctricos, escintilantes, que flotaban en el aire de la noche, y los faros terribles de los vapores que iluminaban un lienzo de pared o un grupo de árboles con luz espectral violenta.

Larrañaga variaba de medios de locomoción en sus excursiones para no dejar rastro. Así, generalmente, salían en tren y tomaban en algún pueblo próximo un auto.

Algunas veces fueron en la lancha *Pepita*; pero esta manera de viajar no le gustaba a Larrañaga, porque el marino de Santurce se fijaba mucho en las conversaciones.

Esta vida a la alta escuela: viajes, automóviles, cenas en los mejores hoteles, no tenía más inconveniente que era muy cara.

Pepita gastaba el dinero, el suyo y el ajeno, con mucha facilidad. A todas horas le decía a su primo: «No gastes demasiado», pero se olvidaba al poco tiempo de sus recomendaciones.

Larrañaga iba consumiendo sus ahorros. Soledad no les acompañaba casi nunca; tenía bastante con las conversaciones de su ruso.

Aunque salieran solos Larrañaga y Pepita, no se quedaban nunca fuera de casa. Volvían como una pareja de recién casados a su hotel.

Tomaban algunos vaporcitos en sus excursiones.

Recorrieron las orillas del río y los canales, desde el muelle de los Boompies hasta el mar, bordearon la isla de Noorder y comieron en un restaurante del muelle, desde donde se veía Rotterdam como una estampa; pasaron los canales y los puertos de la isla de Feyenoord, el muelle de Wilhelminakade, con sus grandes trasatlánticos; Rijnhaven, con los paquebotes de América y los puertos de Katendrechtse Haven, con unos inmensos aparatos de elevación y una grúa enorme, hidráulica, para los carbones, que podía subir cada vez un vagón de veinticinco toneladas.

«¡Cuánta cosa inútil! —decía Pepita, burlonamente—. ¿Para qué todas estas complicaciones?»

Larrañaga se reía.

A él tampoco le gustaban estos puertos nuevos, con cierta rigidez prusiana; prefería los muelles antiguos, con sus barcos viejos, roñosos, sus astilleros, sus anclas amarillentas clavadas en el fango, sus toneles y sus gabarras.

El comienzo del otoño era suave y templado. El sol pálido iluminaba los árboles, todavía verdes, y los macizos de dalias y de crisantemos.

Llovía a menudo, lluvias ligeras que refrescaban el ambiente y salía el sol.

Vieron pueblos, iglesias, *beguinajes*, museos.

Cuando no salían, paseaban por el parque Laan; oían los conciertos militares y se

acercaban a la terraza que da sobre el río. Iban también al jardín botánico.

Eran para ellos sus amores como un primer amor, con su marcha nupcial, lleno de sorpresas y de emociones imprevistas.

«Sería magnífico si pudiera durar —se decía Larrañaga a sí mismo—; pero esto no puede durar. Dentro de una semana, o de un día, quizá dentro de una hora, todo esto se viene abajo, y entonces, ¡adiós nuestros amores!»

Otras veces pensaba: «La flor del día que cantaba Horacio es toda la vida. Vivir el momento actual con energía; no hoy, sin duda, otro ideal. ¿Qué nos importa el pasado y qué nos importa el porvenir, mientras no se proyecte sobre el momento actual? Hay que decir, como el viejo poeta: “Coge la flor del día, sin cuidar demasiado de la de mañana”».

Pepita y Larrañaga hablaron mucho, casi constantemente, de su juventud; aquella corta estancia en Deva se ensanchó, se agrandó, fue adquiriendo detalles, se convirtió en algo importante y trascendental en sus respectivas vidas.

Para los momentos de silencio, Larrañaga compró un tomo de poesías de Verhaeren, para leérselas a Pepita, porque se referían al paisaje flamenco, parecido al holandés; pero le parecieron tan huecas, tan palabreras, tan llenas de ringorrangos, pesados y vulgares, que abandonó en seguida su lectura.

A ella tampoco le gustaron aquellos versos gran cosa.

Compró también *Brujas, la muerta*, una novela de Rodembach, de la que había oído decir grandes elogios; la leyó, y le pareció sencillamente detestable.

Pepita hablaba de las impresiones de la infancia, del colegio, con unas monjas francesas. Contaba las coqueterías de las niñas, de las chicas mayores, que escondían las cartas de algún novio, y recordaba las canciones que se cantaban allí. Algunas de ellas solía cantar en burla a Larrañaga, como *Les matines de frère Jacques*:

*Frère Jacques, frère Jacques,
dormez vous, dormez vous?
Sonnez les matines, sonnez les matines,
din-din-don, din-din-don.*

También solía cantar otras canciones, como *Cadet-Rouselle*:

*Il pleut, il pleut bergère
presse tes blancs moutons.*

—Esa es una canción del revolucionario francés Fabre d’Eglantine —decía Larrañaga—. Está escrita en plena revolución, cuando Francia entera se bañaba en sangre. La música es bonita, y la letra es de una ñoñería graciosa.

—Nosotros la cantábamos en la pensión.

A Pepita le gustaba relatar detalles escabrosos de la vida del colegio; hablar de las

amistades demasiado estrechas entre alguna chica morena y de ojos negros con alguna rubia pálida y soñadora, que se abrazaban y se besaban, y a las cuales la profesora vigilaba constantemente; los libros que entraban a veces, y los diccionarios, que alguna muchacha había mirado palabra por palabra para buscar una explicación de todo lo que pudiera tener relación con algo sexual.

Ella misma decía que había estado durante mucho tiempo muy entusiasmada con una muchachita rubia, pálida y dulce como un corderito, a quien hubiera querido abrazar y besar, y que se fue del colegio dejando en ella los primeros días una gran tristeza.

—Pero ¿en esto ponías malicia?

—No sé, la verdad. No me daba cuenta.

Pepita le contó sus amores con Fernando y otros amores que tuvo antes con un muchacho inglés, en Bilbao.

Le dijo que en sus relaciones con aquel muchacho llegó a estar locamente enamorada de él; pero no había sido igualmente correspondida.

El joven inglés tenía una idea fría del amor. Le importunaba que le hablaran de su pasión.

A lo último, el inglés la aburrió, la desesperó, y le mandó a paseo. El joven era muy guapo. Luego le olvidó por completo, hasta el punto de que ya no se acordaba de él. Sin duda, era un atractivo puramente sensual.

A José Larrañaga estos detalles le molestaban mucho y le daban la sensación de celos retrospectivos.

El especificar la belleza física de su antiguo novio, el joven inglés: la nariz bien hecha, los ojos azules, el pelo rubio, la cabeza pequeña, la dentadura blanca, la mano larga; esta delectación en el recuerdo ofendía a Larrañaga como un insulto.

¿Ella lo notaba, o no lo notaba? Difícil era saberlo. Probablemente, notaba la incomodidad de su primo y el comienzo de celos, y por eso quizá la divertía.

«Lo peor es que en el fondo uno es un hombre sensual —se decía Larrañaga al quedarse solo—, paralizado por la reflexión, por la cólera, por el despecho de no poder hacer; pero uno es un hombre sensual, y esto es lo peor.»

Muchas veces Joe se ha preguntado: «¿Habré tenido yo la suerte de cazar ese pájaro maravilloso de la felicidad, que todo el mundo asegura saber dónde anida, y que nadie, en último término, encuentra? ¿Será verdad que ha llegado la Fortuna como una pintada ave del Paraíso, o no será esta dicha extraordinaria más que un pájaro corriente, aletargado, que al último se me escapará, dejándome en las manos unas cuantas plumas de la cola?».

«El pájaro es la felicidad», *Croquis sentimentales*

La alegría, la confianza de Pepita en la vida, se la fue comunicando a Larrañaga, que llegó a sentirse optimista, jovial, capaz de cualquier cosa.

En la intimidad en que vivían, Larrañaga se reveló como hombre más celoso de lo que en él podía sospecharse.

—¿Eres celoso? —le preguntaba ella.

—Seré, sí, sin duda; pero hasta ahora no lo había sido.

—A mí me gusta que lo seas —decía ella—. Eso demuestra que me quieres.

—A mí no me gusta serlo —replicaba él.

—Yo no comprendo que un hombre pueda querer a una mujer, o una mujer a un hombre, sin tener un poco de celos.

—Sí; pero, por si acaso, tú no los tienes. Eres maestra para tomar en la vida una posición cómoda.

—¿Crees tú? ¿No soy una buena chica?

—Sí; pero te diré como un viejo de mi pueblo. Le decían, señalándole unas muchachas: «¿Son buenas chicas estas?», y él contestaba con marrullería: «Sí, sí, son buenas chicas; pero les gusta mucho la miel».

Pepita se reía. Sus nuevos amores no le quitaban la curiosidad y la atención por cuanto pasara a su lado, por las mujeres elegantes y por los hombres guapos.

«¿Quién es esa? ¿Quién es aquel?», preguntaba a su primo.

«A mí no me preocupa ninguna mujer más que ella —pensaba Larrañaga—; en cambio, a ella le preocupan todos los hombres.»

No era seguramente con intenciones ulteriores, pero le preocupaban.

Pepita era una mujer de salud y vitalidad grandes. A Larrañaga le asombraba. Indudablemente, el tipo de mujer rubia, meridional, tiene a veces gran fuerza.

Se comprende que los griegos imaginaran a Venus rubia, dorada. La mujer morena tiene casi siempre algo excesivo, inarmónico, da impresión de sensualidad o de violencia; pero esta mujer rubia, dorada, es como la armonía de la vitalidad.

«Hay, indudablemente, varias clases de belleza —pensaba Larrañaga—; pero la

belleza tranquila, armónica, no se da más que en las gentes que no trabajan y que no sufren. El hombre inteligente que piensa con energía, el sabio que busca algo, el artista que lucha con la expresión, la mujer encendida por la sensualidad o por el misticismo, tienen a veces una clase de belleza; pero es belleza atormentada, violenta y dolorosa. Sólo la juventud, la holganza y la buena suerte dan esa belleza tranquila, y al mismo tiempo entonada, que tiene algo del potro joven.»

Pasa lo mismo con ciertas condiciones morales, apacibles, tranquilas. Se dan únicamente en los hombres que no han tenido que luchar, que no han necesitado desarrollar sus instintos agresivos.

Es injusto, pero es la realidad: el bienestar tiende a hacer a la gente más buena que la miseria.

Pepita tenía esa belleza y esa tranquilidad de la vida feliz. Solía dejar dormida su inteligencia, que era despierta, para divertirse, para gozar.

Se cuidaba, se acicalaba; tenía unos jerséis de seda, blancos, amarillos, rojos, con algunos de los cuales estaba preciosa.

Pepita, para algunas cosas, era la serenidad misma; poseía una presencia de ánimo extraordinaria.

Hubiera visto a su marido con un revólver en la mano, apuntándola, y se hubiera echado a reír; en cambio, hubiera gritado viendo un ratón en su cuarto.

Era poco lógica. A pesar de creerse inteligente, no se consideraba con atribuciones en la vida para dirigir.

El hombre debía dirigir. ¡Y su primo José era tan negado para esto!

Larrañaga la temía. Pepita no era mujer para pasarse el tiempo entre dos puertas: o a la una o a la otra; decidirse con todas las consecuencias, buenas y malas.

«Me quiere dejar a mí la responsabilidad, que es la carga que más me asusta», pensaba él.

Una vez, Pepita dijo a José:

—He pensado que debíamos marcharnos juntos a América. ¿Qué te parece?

—Bien, muy bien; pero hay que pensarlo despacio, reunir dinero... No vamos tampoco a dejar sola a tu hermana.

—Pero ¿te parece bien?

—Me parece muy bien —contestó Larrañaga—; pero necesito prepararme, buscar, ver si encuentro una manera de vivir en algún país lejano adonde podamos marchar.

—Bueno; pues prepárate.

Pepita tenía la idea de huir; pero se notaba que al ir a poner en práctica esta idea la miraba con indiferencia.

Larrañaga quería lógica en todas las cosas, y Pepita se burlaba de la lógica.

—Estamos en pleno tristanismo —dijo un día Larrañaga.

—No sé lo que es eso.

—¿Tú no has visto esa ópera de Wagner, *Tristán e Iseo*?

—No sé si la he visto. He visto alguna ópera de Wagner en el Real; pero me ha parecido tan aburrida, que creo que estuve mirando a la gente de los palcos y no me enteré de nada, la verdad.

—Sí; lo comprendo. Son óperas pesadas, aparatosas, lo más *kolossal* de Alemania. Comprendo que no te gusten. Esa mitología con pretensiones de explicar lo que es la vida, el amor, Dios, etcétera, con cánticos, es completamente estúpida. Es evidente; pero, en fin, Tristán e Iseo, en su leyenda y en la ópera, es como la justificación del olvido de las trabas sociales por la pasión. Por eso, a todo esto nuestro lo llamo tristanismo.

—No sé quién era Tristán, ni qué hace.

—Tristán es un caballero de la Tabla Redonda, que va enviado por su tío, rey de Cornualles, a pedir la mano de la hija del rey de Islandia, Iseo o Isolda. El rey se casa con ella; pero Tristán e Iseo están enamorados y se entienden, y beben no sé qué brebaje de amor y rompen todos los lazos sociales y familiares.

—¿Y nosotros hacemos lo mismo, según tú?

—Sí.

—Pues me parece muy bien.

—Así que... ¡viva el tristanismo!

—¡Viva!

—Ya veremos lo que vive.

Hay este tirador suizo, que coge la carabina distraídamente, dispara y da en el blanco; otro piensa, calcula, mira, se afianza en los pies, apunta reposadamente y no da nunca en el blanco, y hasta hiere, si se tercia, a un espectador. Algunas veces es la puntería la que da el éxito, no cabe duda; pero otras muchas es la casualidad.

¿Qué se va a hacer, amigo Joe?

Has ido por la derecha, y has errado; hubieras ido por la izquierda, y hubieras errado también. Es el destino. Hay quien es capaz de violar a la Fortuna y hacerla fecunda; otros, en cambio, ven que afila el hacha con intenciones aviesas y no se les ocurre más que poner la cabeza en el tajo para ser decapitados.

«Los hombres y la Fortuna», *Evocaciones*

Otro día Larrañaga vio que Pepita escribió afanosamente.

«¿Qué escribirá?», se preguntó.

Llenaba páginas y más páginas con una facilidad extrema.

«¿Qué escribirá?», se volvió a decir Larrañaga.

No se atrevió a preguntar lo que escribía, y cogió un periódico y se puso a leerlo.

Al terminar la escritura, Pepita salió con su carta.

Larrañaga se quedó solo. Vio que en la mesa había quedado un papel secante con marcas de tinta. Lo cogió y lo puso delante del espejo, para ver si podía leer algo al revés.

Se veía con facilidad varias veces: «Joshé..., mi marido..., no estoy dispuesta..., me iré».

«¿Qué habrá escrito esta mujer?», pensó Larrañaga con inquietud.

Volvió Pepita y siguieron la charla.

Al ir a comer, la señora Grebber se acercó cautelosamente a Larrañaga, y le dijo:

—Esta carta me ha dado, para echarla al correo, su prima de usted. Tómela usted.

Quizá, pensándolo bien, no le convenga enviarla.

—Tiene usted razón. ¡Muchas gracias!

José guardó la carta, que estaba dirigida a su tío.

«Mañana se la devolveré a Pepita», pensó.

Efectivamente, al día siguiente le dio la carta. Pepita hizo un gesto de asombro y contempló atentamente la carta.

—Léela —dijo.

—No; ¿para qué?

—Entonces, la rompo.

Y cogiendo la carta rápidamente, la rompió en pedazos menudos y la guardó en el hueco de la mano.

—¿Qué decías?

—Contaba a mi padre todo lo ocurrido entre nosotros.

—Ahora tengo ganas de leerla. Dame los pedazos.

—Ahora yo no quiero que la leas.

Y Pepita, abriendo el balcón, echó los pedazos al aire, que fueron volando como mariposas por encima del tejado.

—¡Qué torpe he sido! —murmuró Larrañaga.

—Y tú, ¿cómo tenías esa carta? —preguntó Pepita.

—Me la dio la señora Grebber, que es una mujer muy lista, pensando que ibas a hacer una imprudencia. Yo la he tenido ayer en mi poder.

—¿Y no la has leído?

—No.

—¡Qué tonto!

Pepita se echó a reír.

Larrañaga supuso que ella se alegraba de que la carta no fuera a su destino; pero ¿quién lo sabía? Quizá ni la misma Pepita sabía a ciencia cierta lo que deseaba.

—Entre tú y yo, querida —decía Larrañaga—, hay una diferencia de filosofía. ¿De filosofía? No sé si esto será filosofía. Tú eres absoluta, y yo, partidario de lo relativo.

—¿Crees tú?

—Sí. Tú dices: «Hay que ir hasta el final». Yo contesto: «Muy bien; pero sentémonos en el camino». Tú añades: «Hay que hacer esto con perfección». «Sí, es cierto —replico yo—; pero lo perfeccionaremos más tarde». Y luego, ¡cosa extraña!, cuando hemos decidido algo, resulta que el absolutista soy yo, y tú la partidaria de lo relativo.

—No sé para qué pierdes el tiempo en pensar esas cosas —dijo Pepita.

Una semana después se recibió una carta del padre de Pepita. Fernando estaba en Bilbao y había hablado a su suegro.

El señor Larrañaga, al parecer, se mostraba muy severo con su yerno y, en parte, también con su hija; le decía a esta que volviera inmediatamente a Bilbao, reconciliada con el marido, porque no estaba de humor de soportar necedades.

A fines del mes de septiembre iría Fernando a Rotterdam.

—¿Qué va a ser de mí? —exclamó Pepita—. ¿Cómo voy a vivir allí, con mi marido y con mi padre?

—Es lo que yo también me pregunto —dijo Larrañaga—. ¿Qué va a ser de mí? ¿Qué voy a hacer, cuando tú te vayas y me quede solo?

—Piensas en ti más que en mí —repuso Pepita, quejosa.

—No, pienso en los dos...; pero, al pensar en mí, tengo más lástima.

—Es el egoísmo.

—No; no es el egoísmo sólo, no. Tú tienes energía, tú dominarás los acontecimientos.

—Siempre se cree que los demás soportan las enfermedades y las desgracias con más facilidad que uno.

—Tú tienes fuerza; yo soy más débil que tú, estoy espiritualmente arruinado. Soy viejo, tengo el alma deprimida. Soy como un harapo.

—Ya no me quieres, Joshé.

—¿Por qué dices eso?

—Porque la idea de separarte de mí no te importa.

—¿Que no me importa? ¿Crees que si hiciera gestos y diera gritos me importaría más? Tu marcha es como si se me fuera la vida; pero ¿qué voy a hacer? No hay solución. Dejarlo.

Pepita comenzó a llorar y se echó en brazos de José.

Luego, insistió con Larrañaga:

—Si tú estás decidido, yo voy contigo. Decide; lo que tú decidas, haremos los dos. Iremos al fin del mundo.

—Pero ¿adónde vamos a ir? Yo no tengo un cuarto.

—¡Ah!, ¿no tienes dinero? —le preguntó ella con sorpresa.

—No. ¿A ti te queda algo?

—A mí, no.

—Yo no tengo nada. He gastado lo poco que tenía. Sin recursos, ¿qué vamos a hacer? Dar un escándalo, para volver poco después arrepentidos, como chicos de la escuela, sería una ridiculez.

Larrañaga pensaba que si él no hubiera dependido del padre de Pepita quizá se hubiese sentido capaz de hacer una hombrada; pero en la situación suya era imposible.

Llegó Fernando a Rotterdam y se manifestó muy amable con todos, con Pepita, con Soledad y con José.

El marido hablaba a su mujer con afabilidad un poco fingida, como si entre ellos no hubiese ocurrido nada serio.

Pepita se mostró irónica, satírica, con su marido. Él parecía dispuesto a volver al redil.

Larrañaga miraba a Pepita sin ocultar su sorpresa. Estaba tan serena, tan tranquila. En sus dedos brillaba ahora de nuevo el anillo de oro de casada. Sin duda, era el fetiche matrimonial.

Fernando reconoció que tenía la culpa en la desavenencia suya con Pepita. Estaba ofuscado. Había que perdonar al que se engaña. Se decidió el viaje de vuelta.

Larrañaga vio que ella se iba.

No se le ocurrió hacer nada, ni tomar una determinación.

«¡Qué debilidad de los instintos! —pensó—. Un hombre apasionado hubiera sido

capaz de matar al marido. Yo, probablemente, ni aun con la voluntad sería capaz de ello. ¡Qué vergüenza! ¡Qué actitud más miserable!»

Al marcharse, Larrañaga quedó de acuerdo con Pepita en que un mes después, a mediados de noviembre, él pondría un anuncio en un periódico de Bilbao, que diría esto: «El pelícano llegó al puerto». Esto querría decir que él había llegado al caserío de su madre, en un pueblecito de Guipúzcoa, y que la esperaba. Pepita contestaría y le diría dónde podrían verse.

VII

ESPERA

¡Cómo suenan en estos pueblos vascos, en los días de otoño, las campanas de la agonía!

¡Cómo se derrama desde la torre de la iglesia, por entre la niebla, por encima de los maizales, amarillos y secos, y los prados verdes!

Dominan el valle estrecho, desde el desfiladero por donde pasa el río y se ve el cementerio con sus cuatro o cinco cipreses, hasta el peñascal, en el que se levanta una ermita. Es un recuerdo de la muerte, que corre por el ambiente, brumoso, triste y melancólico; es un recuerdo de la muerte, que acompaña al caer de las hojas y al murmullo del viento.

«Las campanas de la aldea vasca», *En voz baja*

Como había dicho Larrañaga a Pepita, a mediados de noviembre marchó al pueblo de su madre y al día siguiente mandó poner en un periódico de Bilbao el anuncio que serviría para dar a Pepita noticia de su estancia en la aldea: «El pelícano llegó al puerto».

Cuando vio el anuncio impreso en el periódico le entró una gran inquietud. ¿Lo había visto Pepita? ¿Sospecharía alguien de este anuncio extraño?

Había llegado Larrañaga a la aldea de noche, por el tren de la costa, una noche de otoño verdaderamente romántica.

La cara pálida de la luna iluminaba el cielo. Las nubes pasaban constantemente debajo de ella.

Unas cuantas luces brillaban en el pueblo.

Desde la estación hasta la casa encontró algunas personas, pero nadie le conoció.

Le recibieron en el caserío y le llevaron al cuarto, una alcoba blanqueada, con la cama de madera con cuatro o cinco colchones.

Se asomó a la ventana. Se veía la silueta negra de la aldea. Algunas ventanas se hallaban iluminadas.

Un perro ladraba ronco y el reloj de la iglesia daba las campanadas, pesadas y lúgubres.

«El pueblo mío no me conoce —se dijo Larrañaga—, ni yo conozco al pueblo.»

Suspiró, porque se ahogaba. Sobre el tejado negro de una casa próxima brillaba Júpiter con luz de plata.

La carretera parecía huir hacia el norte. Por encima de ella aparecía la Osa Mayor.

Aquella serenidad celeste le perturbaba ante su inquietud espiritual. Cerró la ventana y se sentó.

«¿Realmente soy yo José Larrañaga? —se preguntó—. ¿Este hombre absurdo que se llama así está de verdad enamorado de su prima, o estos amores son una fantasía, una invención de un cerebro un poco desarreglado?»

Se miró a un espejo pequeño que había encima de la cómoda. Se vio pálido,

demacrado, con la boca torcida como un hemipléjico.

«¡Qué aire más lamentable tengo!», se dijo.

Paseó una mirada por el cuarto y se quedó extrañado al pensar que hacía más de treinta años que había vivido allá.

«Esa rueda del tiempo, que gira tan despacio en la niñez y en la juventud —se dijo—, marcha vertiginosamente en la edad madura. Los años que para los demás son trascendentales, los años de la vida social seria y grave, no dejan huella; en cambio, los de la infancia, los que para el mundo no son nada, dejan huellas indelebles.»

Después pensó en su infancia y en sus diversiones de chico, y murmuró: «¡Qué vida más pobre la del niño de mi tiempo! —pensó—. ¡Cómo ha subido de importancia el chico en estos años! En mi tiempo, el chico no tenía categoría en la casa. Comprarle juguetes hubiera parecido un absurdo. Hoy es el rey en la mayoría de las familias..., y, sin embargo, esa infancia tratada a zapatazos tenía sus compensaciones y quizá sus ventajas».

Siguió divagando y se dispuso a acostarse.

«Si siquiera uno pudiese dormir...», se dijo.

Luego, con la seguridad de no dormir espontáneamente, sacó de la maleta un sello de veronal y lo tomó con agua.

Por la mañana, después de haber dormido profundamente, se levantó temprano y con el cuerpo rendido.

El día se presentaba triste y nublado. Larrañaga subió al zaguán y se paseó por un balcón de madera, húmedo y lleno de musgo, del viejo caserío, oteando desde él la carretera.

De los maíces, amarillos y sin hojas, no quedaban más que las cañas secas. Los robles del monte iban poniéndose pardos. En los prados pastaban las vacas, cantaban los gallos en los corrales, murmuraba un arroyo próximo.

Los pájaros, como asustados del otoño, iban buscando un rincón abrigado.

Estos detalles y los comentarios que hacía involuntariamente le emocionaban. Tenía una sensibilidad tan excitada y los nervios tan débiles, que cualquier cosa, el humo de las chimeneas, el olor de la tierra, el oír tararear una canción que recordaba de la infancia, le hacían llenarse los ojos de lágrimas.

Cerca, se veía un poblado de casas negras. Por las chimeneas salía el humo azulado en el ambiente oscuro y gris, como la oración apasionada que sale de un cuerpo pobre y viejo.

Subió al desván de la casa. Había montones de heno; ajos y cebollas, que colgaban de una cuerda; habichuelas extendidas en el suelo y dos arcones: uno, desvencijado y vacío; el otro, lleno de maíz. En un vasar, filas de manzanas despedían un perfume

agradable.

Larrañaga bajó a la huerta. En el extremo, en un ribazo, brillaba un grupo de *heliantus*, ya marchitos, y algunas matas de crisantemos. Un sol pálido salía por entre las nubes y volvía a esconderse tímido.

Larrañaga cortó las matas de los crisantemos, quitando las flores marchitas y las ramas amarillentas. Aquellas flores de otoño le daban una impresión triste, que rimaba con la melancolía de su alma.

«Estas flores de otoño —pensaba— tienen algo de fúnebres, quizá porque decoran el campo cuando caen las hojas. ¡Despiden un olor también tan triste!»

Como el campo no le distraía, se metió en la alcoba a leer.

Llevaba para entretenerse algunos libros, entre ellos un lunario antiguo; pero no podía fijar su atención en la lectura. Así que leía párrafos sueltos que muchas veces no comprendía. Una frase del lunario le sorprendió: «Algunos se han desvelado en estudiar las propiedades de la luna y se han fatigado no poco por alcanzar y entender sus efectos y sus cambios; pero todo ha sido querer agotar el mar, porque son tan varias sus mudanzas y tan admirables sus secretos, que no es posible darles alcance a todos».

Donde ponía la luna, Larrañaga pensó que decía Pepita.

Luego leyó: «Dice Jacobo de Palermo que quien quiera saber el punto de conjunción de la luna, debe tomar una copa de plata y poner en ella agua del mar y ceniza de olivo. Al instante de hacerse la conjunción, se revolverá la ceniza y quedará el agua enturbiada en la copa».

«¡La ceniza! ¡La ceniza! Es lo que me ha quedado», murmuró.

La impaciencia le devoraba.

Sentía a cada paso una sensación como de mareo.

«Estos hombres que viven en su aldea contentos —pensó Larrañaga—, que encuentran en ella la mujer que quieren, tienen hogar, hijos y esperan dormir al lado de su mujer en el cementerio aldeano, serán quizá gentes felices.»

Larrañaga miraba el monte pedregoso, oscuro; el pequeño cementerio, destacado entre la niebla, con sus cuatro o cinco cipreses puntiagudos. Una mujer vestida de negro pasaba con una guadaña al hombro. Parecía la imagen de la muerte.

No venía Pepita y no llegaba la carta.

Vigilaba Larrañaga, impaciente, esperando ver si por la carretera aparecía un automóvil o el cartero.

Por fin, llegó la carta de Pepita; subió al balcón a leerla. No decía nada importante; estaba bien, aunque delicada de salud; no pasaba nada; no se decidía a ir a visitarle: le parecía una imprudencia.

Él debía estar satisfecho. Ya se había resuelto la cuestión. Él seguiría viviendo en Rotterdam; ella, en Bilbao.

Al comprenderlo, se quedó frío y turbado.

Una ráfaga de viento arrastró por la carretera montones de hojas secas.

«Así somos también nosotros, como las hojas que empuja el viento a derecha e izquierda.»

Larrañaga debía encontrarse satisfecho, pero no lo estaba. Sintió, al ver que Pepita no venía, gran depresión, una marea baja en el alma que le trastornó y le produjo vértigo.

Siempre ocurría lo mismo. Pepita quiso que él tomase ante sí mismo la responsabilidad de lo que podía ocurrir. Él no se había atrevido, no pensando únicamente en su bienestar, sino principalmente en el de ella.

Ya estaba todo resuelto, todo arreglado, y ahora es cuando no iba a poder vivir. Sin embargo, era lo que él había deseado.

«Es cosa terrible esto de no ver nunca claro en sí mismo.»

Sentía una mezcla de alivio y de pena; de alivio, por huir del peligro y de las situaciones difíciles futuras posibles, y de pena, porque le parecía doloroso no verla, ni oírla. Se hubiera contentado con la posibilidad de verla de cuando en cuando.

El amor propio le hacía pensar: «He quedado bien; ella no me puede reprochar nada»; pero esta satisfacción estaba muy impregnada de amargura.

La depresión profunda del ánimo le producía como un desdoblamiento y una cierta insensibilidad. Lo orgánico era en él lo deprimido; el espíritu estaba sereno. Podía discutir y razonar con tranquilidad, y hasta con cierta sorna, de su situación.

«Estos amores tardíos —se dijo— son como esa planta fantástica que llama *Eliano cynopastos*, que echa una flor de color de fuego que brilla al anochecer a la manera de un relámpago. Ya brilló y se apagó.»

Se puso a pasearse por el balcón de madera del caserío, de un lado a otro, mecánicamente. No quería salir. No quería encontrarse con nadie en la carretera. Cerca de una hora estuvo dando vueltas en el balcón.

«Está uno bien, muy bien —murmuraba, de cuando en cuando, frotándose las manos—; por la derecha, el vacío; por la izquierda, nada..., el corazón, que no marcha, o que marcha mal, y la angustia perpetua...; luego, la vida en el extranjero..., la lluvia, la niebla... ¡Ah...! Estamos bien. Estamos bien», y se frotaba las manos de nuevo y suspiraba.

Confuso, y sintiéndose como el animal herido, se decidió a volver a su casa de Rotterdam. Después de tomar esta decisión, se sentía con alguna energía.

Miró al reloj. El tren de la tarde había salido; había que esperar al de la noche. Aquellas horas le iban a parecer muy largas. No quería salir, para no ver a nadie y no oír tonterías y cosas insignificantes; prefería estar solo con sus preocupaciones. Se decidió a pasar las horas aquellas paseando por el balcón y por el desván. El desorden, el cementerio de trastos viejos de la buhardilla estaba muy en armonía con

el desconcierto de su alma.

En un rincón había una cama de madera antigua y rota; quizá era de sus padres; en otro, una silla alta de las que sirven para los niños.

De los dos arcones, uno, viejo, carcomido, apolillado, tenía adornos, estrellas y abanicos. Dentro olía a húmedo y tenía algunos granos de maíz. No era fea esta arca, sino muy bonita; pero estaba ya deshecha por la polilla.

«Habría tenido mala suerte —se dijo Larrañaga—; otras iguales, barnizadas, charoladas, estarán en una sala elegante, y esta se pudre en el desván. Otras habrán guardado los arreos de los novios, mantillas de seda y abanicos perfumados, y esta no habrá servido más que para el maíz y para el tocino. Es la casualidad, la fortuna. ¡Cuántas cosas no habrá así! Hombres valientes e inteligentes que no han podido manifestar su bravura ni su inteligencia; mujeres fuertes, que hubiesen podido engendrar una casta de héroes, que han muerto infecundas; imbéciles que han mandado, talentos originales que se han hundido sin dar el menor fruto. Claro. La naturaleza es bastante rica para derrochar sus semillas; el que se pierda el grano, no le preocupa, tiene reservas en su granero; pero a uno, que es un grano en el granero, le importa mucho. Hay quien cree que la casualidad nos da a todos condiciones compensadas. Es una ridícula tesis providencialista disfrazada. A mí no me ha dado más que un corazón un poco débil y demasiado ácido úrico en la sangre.»

Este hombre, creado en la sombra del claustro, sometido a una disciplina férrea, ¿es igual a mí, que respiro el aire de la calle con sus gérmenes buenos y malos, o es como un fantasma? El misticismo, la maceración, el rezo y el ayuno, ¿lo han cambiado de verdad? ¿Han aniquilado en él sus instintos animales, o no han hecho más que disfrazarlos y darles una dirección distinta?

«Sombras», *Las sorpresas de Joe*

En su estado absorto, de abstracción, Larrañaga no se fijó en que comenzaba a oscurecer. Seguía paseando, cuando oyó voces en la escalera que conducía a la buhardilla.

«¿Quién será?», se dijo.

Se acercó a la puerta, la empujó y la abrió violentamente. Estaba la vieja del caserío y la sombra larga y negra de un cura.

—¿Qué hay? ¿Qué me quieren? —dijo con voz malhumorada José.

—Es el padre Domingo —contestó la vieja.

—No sé quién es.

—¿No me conoces? —preguntó el cura.

—No.

—Soy Domingo Arruabarrena.

—¡Ah, sí!

Domingo era un compañero de la infancia del mismo pueblo, que se había hecho jesuita y que se había distinguido después por algunos trabajos de lingüística.

Larrañaga sintió un momento de terror. ¿Qué le podía querer aquel hombre?

—¿Estás en el pueblo? —preguntó Larrañaga.

—Sí, he venido a verte.

La vieja del caserío exclamó:

—Pero vayan ustedes abajo. Esto está muy oscuro.

Bajaron las escaleras. A Larrañaga le latía el corazón.

«¿Qué será esto? —se preguntaba—. ¿A qué vendrá este hombre?»

Llegaron al piso de abajo y entraron en una sala del caserío, blanqueada, con unas vigas irregulares, pintadas de azul, en el techo; una cómoda ventruda, con un Niño Jesús, con faldas, en medio y varias fotografías, de una muchacha y un soldado, un espejo, dos o tres cromos religiosos, un velador y una máquina de coser. Alumbraba el cuarto una bombilla de luz eléctrica.

El jesuita se sentó. Era alto, flaco, con la expresión aguda y tímida, los ojos claros, la nariz corva, la piel sonrosada y la boca sonriente, de dientes blancos. Tenía ese aire de humildad y de indiferencia muy característico en los jesuitas, lo que no excluía cierta presunción y coquetería algo femenina.

Larrañaga le contempló, apoyado en la cómoda, con cierta impresión de enfado, con un aire oscuro, ceñudo y brutal.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó.

—He venido a pasar unos días a mi casa —respondió el jesuita—. Ayer te vi en el tren.

—Yo no te vi.

—Me viste, pero no me conociste.

—Es igual.

—Tenías un aire tan reconcentrado y tan intranquilo que me llamó la atención.

Larrañaga volvió a tener otro movimiento de terror, pero pudo serenarse.

—He pensado que podías necesitar de mí, y he venido —añadió el jesuita.

—Gracias, te lo agradezco —contestó Larrañaga, y se puso a medir el cuarto, con sus pasos, de un lado a otro.

—¿Estás inquieto?

—Sí, estoy neurasténico. Necesito moverme y andar.

El jesuita contempló a Larrañaga, que iba y venía, mirando al suelo.

Desde la puerta del cuarto se veía un pasillo, de cuyo techo colgaban mazorcas de maíz.

—¿Te ha extrañado mi visita? —preguntó el jesuita.

—Sí.

—¿Y hasta te ha asustado?

—Sí.

—¿Por qué?

—Pensaba que quizá pretendieras confesarme.

—¿Y por qué no?

—¡Porque no! ¡Me he confesado tantas veces conmigo mismo!

—No es igual. ¿No piensas que contando tus aflicciones podrías sentirte mejor?

—No, mis aflicciones no son exclusivamente mías, mi secreto no me pertenece.

Yo debo soportarlo solo. Yo soy el culpable, yo debo soportar mi culpa.

—Eres soberbio y orgulloso.

—Es posible.

—¿Has tenido alguna desgracia?

—Sí.

—¿No quieres decir de qué género?

—No.

—Supongo que habrá entre medio una mujer.

—¿Por qué lo supones?

—Siempre has sido un sensual y un apasionado.

—Yo... ¿Tú crees...?

—Sí. En tu cara, ayer, se leía la decisión y la sensualidad. Tenías cara de endemoniado. Por tu aspecto podías ser un conspirador o un anarquista.

—Como hoy.

—Hoy estás más triste, más acabado, pero menos inquieto.

—Te agradezco, chico, que te ocupes de mi cara. ¡Tiene gracia!

Larrañaga dio unos cuantos pasos por el cuarto y se asomó a la puerta.

—¿Es cierto que no practicas la religión? —preguntó el jesuita.

José se volvió con viveza, vaciló y dijo después secamente:

—Es cierto.

—¿Por qué?

—No soy cristiano, no creo en el pecado.

—No digas disparates. Estás bautizado.

—¡Bah! ¿Eso qué importa?

—¿No crees?

—No.

—¿Por qué?

—No puedo creer.

—¿Qué exigirías para creer? ¿Pruebas?

—¡Pruebas! ¿Qué pruebas puede haber de la exactitud de la religión, de la existencia de Dios? Demostrar la existencia de Dios por matemáticas es una estupidez. ¡Con un artefacto humano probar la existencia de algo sobrehumano! Es una perfecta necedad. Hoy, que las ideas de tiempo, espacio y causalidad han recibido golpes tan rudos, nos van a venir con esa sandez de preguntar: «¿Quién hizo el mundo? Y si no lo hizo Dios, ¿quién lo hizo?». Son majaderías de cretinos.

—Antiintelectualismo —dijo el jesuita—, hay que tener humildad y buen deseo. El que mezcla las matemáticas con Dios, para mí, es un iluso.

—Para mí es un imbécil.

—Bien. Sigamos con nuestra explicación. ¿Qué exigirías para creer?

—No sé. Creo que la fe puede contagiarse, no creo que pueda demostrarse. Un ejemplo haría más que veinte disertaciones. Un San Francisco de Asís vivo atraería a su religión más que una pirámide de libros de teología.

—Siempre el espíritu orgulloso y soberbio.

—Es una frase que manejáis vosotros. Yo no sé quién es más soberbio y orgulloso: si el que quiere enterarse con sus ojos, como yo, o el que afirma que lo sabe todo, como vosotros.

—Pero no por nosotros mismos; por Dios, por nuestros maestros.

—¡Bah! ¡Palabras!

—Así que no has podido cambiar. Sigues siendo ateo y clerófobo.

—¡Clerófobo! Nunca lo he sido. Nunca he tenido de los curas ideas de *El motín*. Si el cura español es fanático y despótico, es porque el español lo es. Nuestros defectos y nuestras cualidades son las suyas.

—También me han dicho que cuando estabas en Bilbao hablabas mal de nuestro maestro Ignacio.

—No sé. No lo recuerdo. No me interesa vuestro Loyola más que el Gran Lama.

—He oído decir que abominabas de nuestros ejercicios.

—No, no me parecían más que ridículos.

—Nos tendrás odio a nosotros, a los jesuitas.

—No, ¿por qué? En el pueblo holandés donde vivo, muchas veces los defiendo.

El jesuita contempló atentamente a Larrañaga. Este se había ido tranquilizando. Al principio se había alarmado, pensando si su antiguo condiscípulo traería alguna misión relacionada con Pepita. Al ver que se trataba de un punto ideológico se serenó.

El jesuita dijo:

—¿No has pensado alguna vez que puede haber infierno?

—Nunca. No creo que haya más que una naturaleza, un universo.

—¿Y si lo hubiera?

—Si lo hubiera sufriríamos las consecuencias, siempre pensando que vuestro Dios no iba a ser como un presidente de la Audiencia o un capitán de la gendarmería. A nadie se le puede pedir más de lo que da su alma o sus sentidos. Si es uno miope, ¿cómo va a ver de lejos?

—Se puede uno sobrepasar. ¿No eras tú de los que creían en el superhombre?

—Yo, no. Nunca he creído en milagros de ninguna clase.

—¿Crees tú que los hombres se han podido engañar en sus ideas religiosas desde el principio del mundo?

—¿Por qué no? Además, a mí, todo eso del cielo, del infierno y del pecado me parecen niñerías, pero comprendo que se acepten... Ahora, coger todo eso y convertirlo en arma de defensa de una burguesía estólida, egoísta y rapaz, me parece repugnante y antipático.

—¿Por qué dices eso?

—Porque vosotros, los curas y los frailes, sois como un anejo de la guardia civil. Lo sancionáis todo siempre que favorezca al fuerte. ¿Matan a un inocente? Allí vais vosotros a calmarlo para que no grite ni se queje, ni turbe la digestión de vuestros amados propietarios. ¿Hay una guerra? Allí estáis vosotros para bendecir las ametralladoras y los gases asfixiantes y cantar el *Te Deum*. Vuestro ideal es que el mundo no se mueva, que no haya trastornos... Lo único que conseguís es que no se revuelva el estiércol y que pasajeramente haya menos olor, pero a la larga todo eso hiede.

—Bien. Yo no he venido a hablar de política.

—Yo tampoco pretendo hablar de política.

—Con la mala idea que tienes de nosotros, probablemente supondrás que yo me he acercado a ti con una intención aviesa...

—No, no supongo eso. Creo que tu intención es buena y humana.

—¿Y no me rechazas?

—No. Vienes cuando estoy caído y hundido, me dices una palabra de consuelo...

¿Te voy a rechazar...? No... Pero si fueras protestante u otra cosa cualquiera, tampoco te rechazaría.

—¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte en la aldea?

—No; vuelvo al país donde tengo mi empleo.

—¿No quieres algo aquí?

—No. ¡Muchas gracias!

—Siento verte sin consuelo posible.

—¡Ah! ¿Quién sabe? La vida es siempre larga, y aun en la desgracia hay vetas de consuelo insospechables.

El jesuita se levantó.

—¡Adiós! Quizá no lo creas, pero quisiera verte feliz.

—Yo también a ti.

—Yo lo soy en mi convento.

Larrañaga le dio la mano; el jesuita se la estrechó e hizo un intento tímido como de abrazarle, poniéndole la mano en el hombro.

Pocos momentos después, Larrañaga cenó ligeramente en aquella misma sala, arregló su maleta y fue a tomar el tren.

LOS DÍAS LLENOS Y LOS VACÍOS

Cuenta Pablo Jovio, en su *Diálogo de las empresas militares*, que don Diego de Guzmán, habiendo intentado una vez pasar el vado de un río en compañía de su dama, y habiendo sufrido grandes tropiezos y malos pasos, inventó un emblema, que consistía en una noria, con los arcaduces que sacan agua y la vierten, y porque en cada momento casi la mitad de ellos estaba llena y la otra mitad vacía, puso a su enseña este mote: «Los llenos de dolor y los vazios de *sperança*».

«Un emblema antiguo», *Evocaciones*

Durante el otoño y el invierno, José Larrañaga no tuvo noticias de Pepita. Supo algo de los amores de Soledad con el ruso por don Cosme, amores cuyos incidentes alarmaron a la familia en Bilbao.

Por lo demás, nada; silencio absoluto. No le escribían de casa, y si le escribían, no le hablaban de Pepita.

En la época de la lluvia, Larrañaga vivió metido en su rincón de la calle del Pelicano, leyendo.

Larrañaga se sintió muy decaído. Veía que perdía la memoria; se le olvidaban las palabras. Tenía constantemente en su imaginación la idea de la soledad, de la vejez, mezclada con el mal tiempo del invierno, que le parecía que no iba a acabar nunca.

«Va uno rápidamente a la decadencia», pensaba.

Sentía una porción de terrores, de fobias, que dicen los médicos. Afortunadamente, tales fobias cambiaban en él; tan pronto era la muerte, que le parecía una cosa próxima, horrible, tremebunda; tan pronto la soledad o el idiotismo. A veces, todo este telón negro variaba y sus preocupaciones se le antojaban algo ridículo que no valía la pena de tomar en serio.

La vida le parecía tenebrosa; el correr de los días, pesado, monótono y negro, sin ráfagas de luz. Como en el emblema citado por Pablo Jovio, podía repetir: «Los llenos de dolor y los vacíos de esperanza».

El mundo era para él una maquinaria pesada, un molino que iba moliendo y triturando el tiempo, que se deshacía y se formaba de nuevo automáticamente. El final se sabía: la única aspiración era encontrar una manera cómoda de ser triturado al compás del tiempo.

Como en el mote del emblema citado por Pablo Jovio, tendría que repetir: «Los llenos de dolor y los vacíos de esperanza».



PÍO BAROJA fue uno de los grandes exponentes de la llamada *Generación del 98*, conocido por su producción novelística, entre la que destacan títulos como *Memorias de un hombre de acción* (1935) y *Zalacaín el aventurero* (1908), que fue llevada al cine en dos ocasiones.

Nacido en San Sebastián, Baroja estudió medicina en Madrid y, tras un corto periodo como médico rural, volvió a la capital iniciando sus colaboraciones periodísticas en diarios y revistas como *Germinal*, *Revista Nueva* o *Arte Joven*, entre otras.

La postura política de Baroja fue evolucionando de una izquierda militante a un escepticismo que no le libró de problemas con la censura franquista al reflejar la Guerra Civil en *Miserias de la guerra* y *A la desbandada*, esta última todavía sin publicar.

La obra de Baroja combina tanto novela como ensayo y memorias. *Memorias de un hombre de acción* apareció en forma de 22 volúmenes entre 1913 y 1935. Además, Baroja agrupó su obra en varias trilogías, como *Tierra vasca*, *La vida fantástica* o *La lucha por la vida*.

Baroja fue un novelista influyente y entre sus admiradores se cuentan autores nacionales, como Camilo José Cela, e internacionales, como lo fueron Ernest Hemingway o John Dos Passos.

Debido a su postura política y opciones personales, como su reconocido ateísmo, Baroja no disfrutó de demasiados reconocimientos en vida, aunque fue miembro de la

Real Academia de la Lengua desde 1935.